

# GENIIT

*sociología*  
*ciencia - literatura*

TAN INDISPENSABLE...



... COMO INSUFICIENTE

Ayuntamiento de Madrid

*umario*

Merica Montseny: Lo que  
un pueblo en armas. —  
Peirats: Estudiemos a  
Nettlau. — Kropotkin  
Huxley. — H. D. Tho-  
De las minas de oro  
cementerios. — Selec-  
de V. M.: Altos estu-  
de Victor Hugo. —  
Naguet: Malthusia-  
mo, Neo-malthusianismo  
Socialismo. — Renée  
Amberet: Aspectos de la  
ciencia popular del 19 de  
— Eugen Relgis: La  
cultura ideográfica y la  
nueva auxiliar universal.  
E. Armand: Gerard de  
Duthiers, poeta. —  
L.: La enseñanza racio-  
nista. — Benito Milla:  
la lección para el mundo.  
M. Celma: Anales. —  
Valenti Camp:  
Key o la libertad de  
ar (folletón encuader-  
nable).

AGOSTO 1959 **104**

REVISTA MENSUAL  
PRECIO 100 FR.

## NUESTRA PORTADA

No, no fué primero el verbo. Antes debió tener lugar la acción, el gesto, sin el cual no hubiera habido verbo.

La imagen lograda por el dibujante, por sencilla que sea, es, desde el punto de vista humano, todo un símbolo.

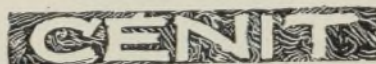
El trabajo es base, origen y esencia de vida. Sin él no habría nada. Todo puede pasar, todo pasa: teorías y hombres, programas y cosas. Sólo es perenne el trabajo y con él los trabajadores.

Podría un día el parasitismo acabar con los trabajadores por ser éstos republicanos, socialistas o anarquistas, pero no pudiendo prescindir de trabajadores, otros nuevos surgirían y, en consecuencia, nada de real habrían conseguido. Por el contrario, podrían un día los trabajadores prescindir de todos los parásitos, que ello ya sería para siempre, porque estos últimos nunca han sido necesarios.

Podrá la humanidad prescindir de obispos — muchas personas ya pretenden — a fuer de conciencia y regeneración moral se prescindirá también de capitanes y caudillos, pero de lo que eternamente necesitará la humanidad será de obreros del campo y del taller porque son imprescindibles, porque sin ellos no es posible la vida.

Sólo hace falta que comprendan éstos, los trabajadores, que su obra debe ser complementada asociándose. Esto es tan necesario como lo otro indispensable.

Cuando esta idea sea realidad aplicada por la inmensa mayoría, la misión del hombre, en tanto que productor y ente social, estará colmada.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

#### *Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

### DOCUMENTOS

# Lo que es un pueblo en armas

¡Qué limpios fueron los primeros días! ¡Con qué alegría furia, el pueblo se lanzó a destruir todos los vestigios, materiales y morales del pasado!

Quemó conventos y quemó montones de billetes de Banco; destruyó imágenes religiosas y destruyó efigies monetarias. Luchó con encarnizamiento contra el militarismo y corrió a cerrar casas de prostitutas y tabernas. Fusiló fascistas y fusiló ladrones, cogidos infraganti en el momento de marchar la Revolución, con una prueba de bajeza y avaricia.

En los primeros días era el pueblo, el pueblo solo, el que estaba en armas. Era el pueblo, el pueblo solo, el que defendía a la Revolución con los fusiles y con las conciencias, con el deseo ferviente de afirmar sus conquistas y de consolidarlas, realizando además una revolución en la mentalidad y en las costumbres.

¿Errores, excesos? Si el número mínimo que se produjo lo comparamos con lo que han sido y serán siempre todos los desbordamientos populares producidos en revoluciones anteriores, veremos que ni vale la pena hablar de ellos. Por un exceso de celo, por un error fatal, se produjeron mil actos de generosidad, de nobleza; en mil ocasiones demostró el pueblo que no quería ensañarse con los vencidos, que deseaba ofrecer a todos la posibilidad de integrarse en la sociedad nueva.

No existían más defensas de la revolución que el pueblo en armas, que las milicias organizadas sobre la marcha. Y fué el pueblo, sólo el pueblo, el que, espontáneamente, organizó las primeras centurias que salieron hacia Aragón al encuentro de las fuerzas fascistas. Y marcharon con impulso tan irresistible, con tal entusiasmo y tal fe, que si el Estado no destruido — el Estado que todos contribuimos a resucitar y a fortalecer — no lo hubiese impedido, Durruti habría llegado con sus hombres a Zaragoza.

Esos primeros días permanecerán como las horas más gloriosas y más inolvidable de la Revolución; ellas habrán sido la página más emocionante de la vida de Nettlau, que las vivió, de Berneri, que murió por ellas. Lo serán de todos los supervivientes de la revolución mientras vivamos, y aun las legaremos como recuerdo a nuestros hijos y a nuestros nietos.

En cada pueblo, sin esperar órdenes ni iniciativas de nadie, se organizó la defensa de la revolución. En las

grandes capitales se organizó por barriadas, se federó normalmente de abajo arriba, estableciendo el contacto y la trabazón sin necesidad de planificación previa. Como se organizó la producción y la distribución, las socializaciones, la vida comunal, a base de la famosa asamblea abierta, tantas veces glosada por Aíaz y de tan sólida raigambre en nuestra tierra.

¿Por qué todo eso no duró? ¿Por qué todo eso no pudo evitar que el Estado, sustituido, abolido por la iniciativa popular, se reconstruyese? Ello plantea el eterno problema de todas las revoluciones parciales, de todas las revoluciones que no consigan universalizarse, que no cuente con el eco y la solidaridad internacionales.

Y es precisamente por eso que la burguesía y el capitalismo trabajan con tanto celo y tanta inteligencia por desvincular universalmente a los trabajadores, por yugular sus iniciativas, por uncirlos y soldarlos a la máquina estatal, por apagar en ellos los impulsos y las aspiraciones revolucionarias.

El Estado se reconstruyó en España, la revolución fué parada en España, porque no encontró eco ni solidaridad internacionales; porque interiormente tuvo que hacer frente a un enemigo no vencido totalmente y que inmediatamente encontró lo que no encontrábamos nosotros, el eco y el apoyo del capitalismo universal, mientras la revolución no hallaba el eco y el apoyo del proletariado mundial.

Todas las fuerzas centripetas del cuerpo social tienden irresistiblemente a volver las cosas a su centro de gravedad. Esa es una ley física aplicable a la vida social. Y hay que duplicar el impulso de las fuerzas de esparcimiento, fuerzas irradiantes para que pueda producirse el desplazamiento hacia fuera, la eclosión y la manifestación de la energía nueva.

Si a ello añadimos la vacilación, la desorientación, la división de las fuerzas centrifugas — hábil y sistemáticamente alimentada por el capitalismo — encontraremos el motivo de esa rápida reconstrucción del Estado, en todos los países en donde, hasta ahora, se han producido grandes y fundamentales revoluciones: Francia, Rusia, España.

Quiere ello decir, como algunos van inclinándose demasiado a extraer como conclusión de estas experien-

# Estudiemos a Max Nettlau



En la obra de Max Nettlau, tan varia y tan fecunda, hallamos varios aspectos fundamentales que destacan como una obsesión. Max Nettlau no es solamente el historiador eminente de las diversas corrientes del socialismo moderno; no se resume enteramente en su rotunda personalidad de biógrafo, superior en esta rama de la literatura moderna a investigadores de nombre sonoro, a genios histriónicos que pusieron su nombre y su pluma al servicio de gobiernos interesados en el jaleo de esperpentos patrióticos.

¿Cías, que por ello hay que renunciar a hacer la revolución, mientras no exista internacionalmente bastante número de conciencias preparadas, bastante estado de opinión para asegurar el eco universal de las revoluciones parciales?

Esta conclusión es negativa. Extrañaría ella la renuncia definitiva a toda acción revolucionaria, más aún: entregándose a la idea del fatalismo histórico, privaría a la humanidad del factor de renovación y de progreso que significan todas las revoluciones, si bien físicamente vencidas, moralmente siempre vencedoras, en parte, por el nuevo rumbo que imprimen a las ideas morales y a las realidades sociales.

Algo aparece claro y categórico, a través del recuerdo y la visión de perspectiva de esas jornadas de julio: el pueblo, sólo el pueblo, es capaz de asegurar la defensa de la revolución. En el momento en que las armas pasan de las manos de los productores vigilantes a las de los nuevos profesionales de la defensa — llámense patrullas de control, ejército popular, etc., etc. — la defensa de la revolución no está asegurada. Es más, han sido siempre los hombres providenciales erigidos en defensores profesionales de las revoluciones — Bonaparte, Trotski-Stalin (hermanos siameses enemigos) — los estranguladores de la idea y la realidad revolucionaria.

Fué el pueblo en armas el que venció al fascismo en España el 19 de julio. Fué el pueblo en armas el que extendió y aseguró las conquistas de la revolución. En el momento en que las armas fueron arrancadas al pueblo y entregadas a los defensores profesionales, la revolución quedó indefensa. La revolución fué vencida.

Lección práctica y profunda, que ha de servir de experiencia en las revoluciones futuras.

Federica MONTSENY

En el terreno de la crítica doctrinaria, en el exégesis, la obra de Nettlau tiene la virtualidad de llegar hasta nuestros días. Ninguna preocupación del pensamiento moderno: los traídos y llevados temas económicos, el laberinto de Moeris de la crisis, las paradojas del industrialismo, el desequilibrio de la paz y la demencia de la guerra, el arte social, el freudismo y el psicoanálisis y la epidemia del totalitarismo, son abordados con la máxima solvencia de escritor raramente documentado, preparado, empollado.

Le ha cabido la oportunidad a Nettlau, con Rocker y Malatesta, de poner el anarquismo al día. La dictadura de Mussolini frustró a nuestro gran pensador italiano, redujole al silencio y a la impotencia durante los años más fecundos de su vida; la gran obra de Rocker, su portentoso «Nacionalismo y Cultura», amenaza con ser su última. ¿Qué no hubiera dado de sí Malatesta, tan fino, tan sagaz, en la última etapa de su vida!

Nettlau se trasladaba a cualquier país de Europa para recopilar materiales o interrogar de viva voz a testigos supervivientes relacionados con el objeto de sus investigaciones. Llegó a aprender idiomas y dialectos raros para descifrar directamente montones de documentos. ¿Por qué no aprendería un idioma más, ya que los mejores de sus escritos tuvieron que ser vertidos al idioma castellano? Nettlau contestó algunas veces a este interrogante devolviéndonos la oración por pasiva, poniéndonos el ejemplo de Malatesta que llegó, ya maduro, a aprender el alemán para estudiar a nuestros autores en aquella lengua. Con todo y con eso, ¿por qué no aprendería Nettlau un idioma más para librarnos de la pesadilla de los malos traductores?

Los trabajos cortos son las mejores versiones del pensamiento de Nettlau. Sin embargo, entre muchos, su gran libro «De la crisis mundial a la anarquía», levantó airadas protestas contra el traductor. Es, sin embargo, esta obra una de las más dignas de estudio por su entronque con los problemas del mundo contemporáneo.

La primera obsesión de Nettlau es la degeneración política del socialismo. De esta enfermedad se derivaron las guerras, la pleamar totalitaria y todas las calamidades de «este desdichado siglo XX. tan mezquino y tan adverso». He aquí cómo enfocó Nettlau este problema:

«Las favorables condiciones condujeron a socia-

listas y organizadores al ilusionismo de la conquista del Estado y del poder político, mediante el parlamentarismo. Otra ilusión consistió en querer aduenarse del capitalismo arrancándole sucesivas concesiones por acción directa o procedimientos legislativos obreros. Así fue como nació el socialismo político y el reformismo sindical. El Estado y el capitalismo dejaron proseguir el avance a aquellas fuerzas hasta que llegaron a cierto límite, hasta que dijeron aquellos ingenuos socialistas: «Cuando tengamos la mitad más una de las actas parlamentarias representaremos y seremos el Estado, votaremos un impuesto que llegue al 99 por 100 de la renta y así seremos dueños del capital». El Estado y el capitalismo les dejaron gobernar uniéndose en coalición con ellos; incluso toleraron gobiernos enteros socialistas o laboristas. Pero ya se sabe que estos socialistas gubernamentales fueron siempre impotentes, cautivos de partidos burgueses o sus menores o tutelados. El fascismo puso fin a aquel poder socialista tan compartido y pasado en la papeleta electoral. Quedaron desgarradas las constituciones, se inutilizaron los parlamentos y el fascismo dictó su propia ley».

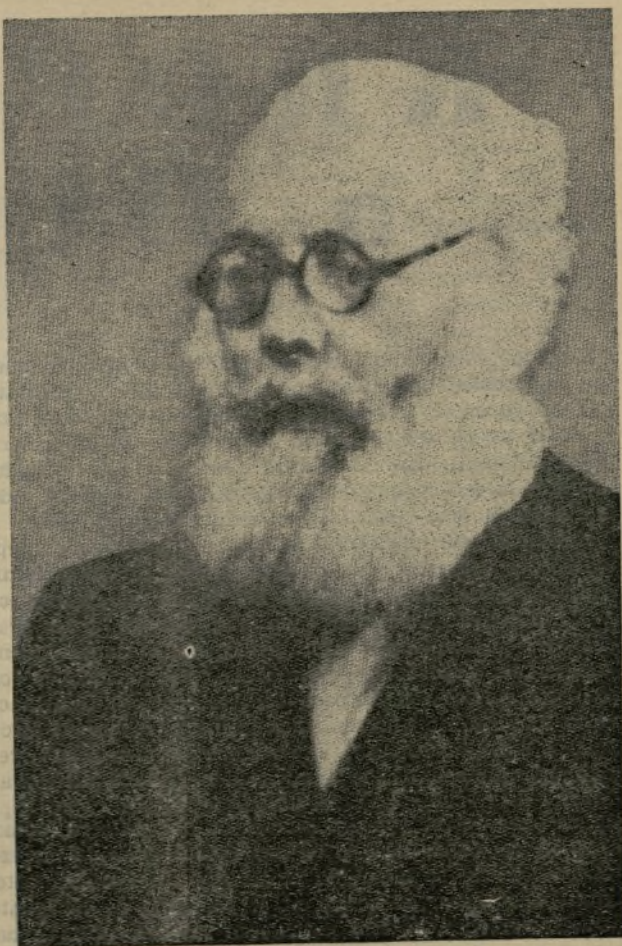
Otro de los aspectos del pensamiento nettlautiano es su ojo avizor hacia la izquierda: «¿Por qué no declara el sindicalismo de una vez que no tiene ambición de sobrevivir y tal vez perpetuarse en una sociedad nueva?»

Esta saeta va dirigida contra el prejuicio de uniformidad y contra el espíritu de clase: «Cada cual espera que su causa llegue a ser universal. Me parece que este pensamiento declara resacaos autoritarios evidentes. Tengo simpatía por una causa y me parece poco natural universalizarla. No es posible desear que se extinga toda la espléndida variedad floreal para que sobreviva mi especie preferida. Guardemonos de esa uniformidad, de esa malsana abstracción».

Pero el aspecto más característico del pensamiento de Nettlau es el llamado concepto eugenico de la anarquía. Con el «voluntarismo» malatestiano forma dos aspectos cruciales en la interpretación del anarquismo moderno.

Muchos compañeros conciben el anarquismo como otra corriente política cualquiera. A la uniformidad dogmática de su concepción juntan la creencia o prejuicio eliminador de todas las demás tendencias o movimientos. La anarquía será para ellos la consecuencia de la absorción de todas las entidades existentes por una determinada expresión del movimiento anarquista.

Nettlau nos enseña cómo ningún movimiento puede llegar al copo o absorción de todas las minorías por la vía libertaria; que toda concepción uniforme, aún la de la causa más bella, degenera fatalmente en autoridad; que lo que llamamos anarquía es una libre asociación de expresiones variadas, con gustos, preferencias y realidades locales, sin más nexo común que el respeto mutuo, la federación libremente aceptada, la tolerancia y la no agresión.



La obsesión por lo uniforme, la creencia en una verdad absoluta, la hostilidad hacia todo lo vario y multiforme dió origen, esencia y potencia a la autoridad. Un régimen anarquista uniforme, instaurado y supervisado por una organización única, sería la negación de la anarquía. Tal régimen tendría de anarquista sólo el nombre, como tiene el solo nombre de comunista la feroz dictadura que tritura actualmente la media Europa.

La anarquía no será sólo el resultado de un movimiento anarquista de signo y anagrama único. La anarquía será el resultado de un proceso eugenico, de afinidad electiva, de selección, al que contribuirán diversos sectores de varias denominaciones, con características más o menos comunes, capaces de convivir en paz, de desenvolverse libremente con múltiples variaciones de forma.

Como anarquistas y como revolucionarios debemos encaminar nuestros esfuerzos a aplastar la tiranía del Estado y dar a todos y a cada uno la oportunidad de vivir su vida libremente, sin tutela, sin monopolio y sin coacción.

José PEIRATS

# K R O P O T K I N

## a H U X L E Y

### II

Cuando se examinan atentamente las representaciones de los pueblos primitivos sobre la justicia, se constata que no contienen exclusiva y finalmente otra cosa que el deber de no tratar a otro miembro de la propia tribu de un modo distinto a como desean que se les trate, es decir, lo mismo que constituye el fundamento de toda moralidad y toda ciencia de la moralidad : la Etica.

Pero mas aun. Encontramos tambien elevados conceptos en los representantes más primitivos de la humanidad. Consideremos por ejemplo las reglas morales de los esquimales. Nos son bien conocidas, gracias a los trabajos de un hombre extraordinario, del misionero Wenjaminoi (8), y podemos presentarlas como modelo de los conceptos éticos del hombre del periodo post-diluviano, tanto más cuanto que hablamos idénticas reglas en otros pueblos salvajes también. Y sin embargo, tienen esas reglas algo que sale de los cuadros de la justicia primitiva.

Entre los aleutas hay dos clases de reglas : prescripciones obligatorias y simples consejos. La primera, como también las reglas de que he hablado al principio de esta conferencia, se basan en el principio del tratamiento igual para todos, es decir, en el principio de la igualdad de derechos. A esto pertenecen las exigencias : no matar bajo ningún pretexto o herir a un miembro de la tribu; el deber de prestar a los miembros de la tribu toda suerte de ayuda y de compartir con ellos el último bocado; protegerlos contra los asaltos, respetar los dioses de la tribu, etc. Estas reglas constituyen tan naturalmente las reglas de la economía tribal que no pueden ser pasadas por alto.

Pero junto a estas estrictas leyes hay entre los aleutas y los esquimales ciertas demandas morales que no pueden ser exigidas, si no sólo recomendadas. No se puede expresar con la fórmula «esto o aquello debes hacer»; tampoco la fórmula griega «esto debe ser hecho» es apropiada; el aleuta dice en este caso : «es una vergüenza no hacer esto o aquello».

Es, por ejemplo, una vergüenza no ser fuerte y flaquear en una expedición mientras los demás sufren hambre.

Es una vergüenza no ir al mar cuando sopla fuerte viento; en otras palabras, es una vergüenza ser cobarde y no querer luchar contra la tempestad.

Es una vergüenza no ofrecer en la caza el mejor trozo a los compañeros; en otras palabras, ser avaricioso.

Es una vergüenza mostrarse zalamero con su mujer en presencia de un extraño y es una gran vergüenza en el cambio de artículos dar el precio uno mismo por los propios. El honesto vendedor acepta el precio que el com-

prador le ofrece, así era al menos la regla general, no sólo entre los aleutas, sino también en la mayoría de los naturales de las islas del océano atlántico.

Lo que los aleutas quieren decir con las palabras : «es una vergüenza no ser tan fuerte, ni tan hábil, ni tan generoso como los otros» — es claro. Quieren decir con eso que es una vergüenza ser débil, es decir, no ser igual a los demás corporal y moralmente». Con estas palabras condenan a aquéllos que no corresponden a la deseada igualdad en el valor de todos los hombres de la tribu. «No demuestres ninguna debilidad que demande la compasión».

Los mismos deseos hallan expresión en las canciones que cantan las mujeres de los esquimales en las largas noches del norte y en las cuales son ridiculizados los hombres que no se han mostrado a la altura debida en las mencionadas situaciones o que llegaron a la colera sin suficientes motivos o que se revelaron insostenibles o ridículos (9).

Así vemos que junto a los sencillos principios de la justicia, que no son otra cosa que pruebas de la igualdad y de los derechos iguales, los aleutas presentan aún ciertos deseos «ideales». Exteriorizan el deseo de que todos los miembros de la tribu deben aspirar a ser iguales a los más fuertes, a los más prudentes, a los más resistentes, a los más generosos de ellos. Estas líneas de conducta que han sido elevadas a regla, significan ya algo más elevado que la simple igualdad de derechos. Son la expresión del esfuerzo hacia la perfección ética. Y este rasgo lo encontramos indudablemente en todos los pueblos primitivos. Saben que entre los animales que viven en sociedad los machos más fuertes se precipitan a la defensa de las hembras y de los hijos, a menudo sacrificando con ello su vida; en sus leyendas y canciones glorifican los pueblos primitivos a aquéllos de su círculo que perdieron la vida en la lucha contra la naturaleza o con los enemigos, defendiendo los suyos. Crearon ciclos enteros de canciones sobre los que han hecho algo extraordinario en audacia, amor, habilidad, perspicacia, para el bien de los otros, sin preguntar lo que recibirían ellos mismos como sueldo de ello.

Según estas indicaciones, es claro que el «proceso ético» de que habla Huxley, comenzando ya en el reino animal, ha pasado al hombre, y en éste se ha desarrollado más y más por la tradición, por la poesía y por el arte. Su más alto grado lo alcanzó en los «héroes» de la humanidad y en algunos de sus maestros. La disposición a dar la vida por los hermanos fué glorificada en la poesía de

(9) Véase sobre esto el informe de la expedición danesa que llegó en 1886 a la orilla occidental de Groenlandia y el trabajo del doctor Ranke sobre los esquimales.

8) Después metropolitano moscovita Inocencio.

todos los pueblos y luego trasladada a las religiones de la antigüedad con la adición del perdón a los enemigos, en lugar de la venganza obligatoria de antes; se convirtió en el fundamento del budhismo y, del cristianismo antes de que éste se convirtiese en una religión de Estado y renunciase a las ideas básicas que lo diferencian de las otras religiones.

Así se han desarrollado los conceptos morales en la naturaleza en general y después en la humanidad.

Quisiera presentaros con gusto un corto resumen de su desenvolvimiento ulterior en los escritos de los pensadores desde la antigüedad hasta nuestros días. Pero debo renunciar hoy a ello, pues no terminaría en una conferencia. Sólo quiero hacer resaltar que la explicación naturalista de lo moral en el hombre ha sido imposible hasta el siglo XIX, aunque Spinoza se acercó mucho a ella y también Bacon habló de ello acertadamente. Poseemos datos comprobados para convencernos de que los conceptos morales están estrechamente ligados a la existencia de los seres vivos, de que la lucha por la existencia, sin ellos, no habría sido realizable; que la evolución de tales conceptos era igualmente inevitable lo mismo que el movimiento progresivo entero desde los organismos más simples hasta los hombres; y que esta evolución no habría sido posible si la mayoría de los animales no hubiesen poseído cualidades gregarias para la vida común y hasta bajo ciertas circunstancias para el sacrificio de sí mismo.

Para demostrar esta afirmación poseemos ahora mucho material. Darwin dió en su libro «El Origen del Hombre», en el capítulo sobre el desenvolvimiento de la moralidad, tomado de la «Tierleben» de Brehm, la descripción de una lucha de dos perros de caravana con una manada de papiones de Egipto. Al acercarse la caravana treparon los monos a un escarpado monte. Cuando los monos más viejos vieron a los perros, bajaron, aunque estaban en gran peligro en las rocas, y se arrojaron con tal rabia sobre estos últimos, que los asustaron e hicieron volver hacia sus amos. No fué fácil azuzar de nuevo a los perros contra los monos. Sorprendieron después una monita, de apenas medio año, que se había quedado rezagada y se sentaba encima de una roca. Un viejo mono volvió solo, se acercó con paso lento a los perros, los ahuyentó, cargó la mona sobre las espaldas y volvió con ella a la manada.

Los viejos monos no preguntaron en ese momento en nombre de qué principio o de qué orden obraban de ese modo. Se apresuraron a salvar a los suyos por simpatía, por el sentimiento de la comunidad que se desarrolló en ellos a través de millares de años; y finalmente por la fuerza de la conciencia de su poder y de su audacia.

Otro caso ha sido descrito por un naturalista igualmente de confianza, Stansbury. Encontró una vez un viejo pelicano ciego a quien alimentaban otros pelicanos y le aportaban peces; Darwin confirmó este hecho. Del sacrificio propio de los animales por otros de su especie; en las hormigas, en las cabras alpinas, en los caballos de las estepas, en los pájaros, etc., existen ahora tantas comprobaciones, han sido descritas tan a menudo por nuestros mejores naturalistas, que en el estudio de la naturaleza poseemos un terreno firme para nuestros puntos de vista sobre el desenvolvimiento y la evolución de los conceptos y de los sentimientos morales.

En esto distinguimos fácilmente tres elementos funda-

mentales, tres partes integrantes de la moralidad: al comienzo el «instinto gregario», del que se desarrollan después las costumbres y los hábitos; después el concepto de la «justicia»; de ambos se desarrolla el sentimiento que llamamos, no del todo justamente, «abnegación o auto-sacrificio, altruismo, magnanimidad», un sentimiento aprobado por la razón y que debería propiamente ser llamado el sentimiento moral. De estos tres elementos, que se forman en toda comunidad humana de un modo natural, se compone la moralidad. Si las hormigas se ayudan unas a otras a salvar sus crías de un nido destruido por un hombre; si los pajaritos vuelan juntos para defenderse contra las aves de presa; si las aves emigrantes varios días antes de la partida se reúnen todas las tardes en un determinado lugar para ejecutar vuelos de pruebas; si se agrupan millares de cabras o de carneros para protegerse; en una palabra, si los animales expresan en su comunidad costumbres y usos que los ayudan a facilitar la lucha por la existencia contra la naturaleza o a luchar contra las condiciones desfavorables, eso demuestra la aparición necesaria de un instinto sin el cual habrían indudablemente perecido. La comunidad fué y es todavía la forma básica de la lucha por la existencia, y justamente esa ley de la naturaleza es la que han pasado por alto la mayoría de los darwinistas, no obstante que Darwin mismo, que no había apreciado bastante este hecho en su primer trabajo, «El desarrollo de las especies», comenzó a hablar de él en su segundo libro fundamental, «El origen del hombre». Pero precisamente en ese instinto encontramos los primeros orígenes de la moralidad, de los que más tarde se han desarrollado todos los altos sentimientos e ideales.

En el hombre se desarrolla más y más el sentimiento de la solidaridad gracias a su vida en comunidad. En la naturaleza pudieron observar los salvajes primitivos que los animales que vivían en comunidades sólidas vencían en la lucha por la existencia, y comprendieron cuánto facilitaba la lucha contra la madrastra naturaleza la vida en sociedad. Legaron sus observaciones a sus descendientes en tradiciones, proverbios, leyendas, canciones, religiones y hasta en divinización de algunos animales que vivían en sociedad. De esa manera se transmitió el instinto social de generación en generación y se afirmó por las costumbres.

Pero el instinto social solo no bastaría para elaborar las reglas de la comunidad tribal de que hablé al principio. En realidad se desarrolló en los hombres primitivos gradualmente un concepto más consciente y elevado, el concepto de justicia, y ese concepto fué fundamental para la evolución de la moralidad.

Cuando decimos: «No debes hacer a los otros lo que no quieres que te hagan», exigimos justicia, cuya esencia es el reconocimiento del valor igualitario de todos los miembros de la sociedad humana, en consecuencia su dignidad de derecho, que los miembros de la sociedad deben reconocerse reciprocamente. Al mismo tiempo significa el rechazo de las pretensiones de unos individuos a sobreponerse a los otros.

Sin ese concepto de nivelación no podría nacer la moralidad. En el idioma francés y en el inglés las palabras justicia e igualdad nacen de un mismo origen: «équité» y «égalité», «equity» y «equality». Pero ¿de dónde y cuándo surgió ese concepto?

En germen se le encuentra ya en los animales gregarios. En algunos se advierte también el predominio de los machos, pero no en todos. En muchos animales están muy difundidos juegos juveniles (como sabemos ahora exactamente gracias al libro de Karl Gross, «*Spiele der Tieren*»), y en esos juegos se tiene muy en cuenta la más estricta igualdad de posición de todos los participantes, como podemos nosotros mismos observar en los juegos de los cabritos y otros animales. Se puede constatar también eso en los animales recién nacidos que no permiten que aproveche uno más que el otro de la nutrición materna. Como hemos dicho ya, se puede observar el sentimiento de la justicia en las aves emigrantes, cuando vuelven a sus viejos nidos. Tales ejemplos se pueden aportar indefinidamente.

Cuanto más presente está el sentimiento de la justicia en los hombres, hasta en los pueblos más salvajes, tanto menos tienen sobre sí dominadores locales. Ya he citado algunos ejemplos; sólo quiero añadir aún que desde que los sabios han comenzado a estudiar la tribu, y no hay que confundirla con las monarquías primitivas (como las que encontramos ahora en África), se podrían llenar volúmenes enteros con ejemplos de la igualdad de derechos entre los pueblos primitivos.

Se me responderá que se encuentran ya en los pueblos más primitivos jefes militares, adivinos, etc., que disfrutaban de derechos particulares. Ciertamente la aspiración a conquistar derechos especiales se exterioriza ya en las más tiernas comunidades humanas y la historia escolar se preocupa (por temor a los gobernantes) amorosamente de estacionarse en esos hechos, de modo que se podría considerar la historia escolar como una narración de la desigualdad humana. Pero al mismo tiempo los hombres han combatido tenazmente en todas partes la naciente desigualdad de los derechos y se podría considerar igualmente la historia como una narración en la que se constata cómo se esfuerzan personas aisladas por formar un estado de cosas que les permita sobrepasar a la totalidad, y cómo la totalidad los resistió y defendió la igualdad de derechos. Todas las instituciones de la tribu estaban conformadas para alcanzar la igualdad de derechos. Pero desgraciadamente los historiadores saben muy poco de eso, porque, hasta que en la segunda mitad del siglo XIX aparecieron dos nuevas ciencias: la del hombre y la de las formas primitivas de la vida humana — antropología y etnología —, se había prestado muy poca atención a las formas primitivas de la vida humana.

Pero ahora, después que ha sido reunida una gran cantidad de hechos, vemos que el concepto básico de la justicia se encuentra ya en los hombres más primitivos y que se convierte en regla en la forma originaria de comunidad: la tribu.

Más aún. Podemos continuar, y me animo a ello, en la ciencia y plantear el siguiente asunto: «¿No tiene la justicia su fundamento en la naturaleza humana? Y si es así ¿constituye tal vez la cualidad fisiológica básica de nuestro pensar?»

Para hablar el lenguaje de la metafísica, se puede preguntar: «¿no forma el concepto de la justicia la «categoría» básica, es decir, la capacidad fundamental de nuestro pensar? O para hablar en el idioma de las ciencias naturales: ¿no es la inclinación de nuestro pensamiento a la investigación de la «igualdad de derechos» una consecuencia de nuestro aparato para pensar? En

este caso ¿es tal vez la consecuencia de la construcción de nuestro cerebro? Yo creo que debo afirmar que sí.

El hecho de que nuestro pensamiento se realice siempre en una forma, que en las matemáticas es conocida como ecuación y que se expresen en esa forma leyes físicas que descubrimos, da una cierta justificación a la explicación propuesta por mí. Se sabe también que antes de adoptar una decisión cualquiera tiene lugar en nuestro cerebro una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro, al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería llevar el rechazo de la diferencia de clases. Pero justamente a eso es a lo que no quiso acomodarse la mayoría de los que se han ocupado de los problemas de la moral.

Comenzando con Platón, que mantiene la esclavitud en su plan de una forma ideal de la sociedad, continuando con el apóstol Pablo y terminando en los escritores de los siglos XVIII y XIX, todos, — sino directamente defendido —, al menos no han rechazado la desigualdad, ni siquiera la revolución francesa, que escribió en sus banderas la igualdad y la fraternidad junto a la libertad. Godwin en Inglaterra y Proudhon en Francia, que reconocieron la justicia como punto de partida de toda forma moral de la sociedad, ocupan hasta ahora una posición excepcional (11).

Pero sin embargo la justicia no representa toda la moralidad. Puesto que sólo significa una igualdad en el intercambio de servicios recíprocos, no se distingue bajo este aspecto mucho de un comercio. No cabe duda alguna que posee una importancia decisiva en la construcción de la moralidad. Por eso significaría la más profunda transformación de la vida humana si formase la base de la vida social el concepto de la igualdad de derechos. No en vano todos los movimientos populares, que han comenzado en Judea en la época de Julio César y el cristianismo, y terminaron después en la Reforma y finalmente en la Revolución francesa, aspiraron a la igualdad y a la nivelación de los derechos.

Sin embargo, la proclamación de la igualdad de todos los miembros de la sociedad ante la ley aconteció tan sólo a fines del siglo XVIII, en la Revolución francesa.

(10) Añado aquí que, como después supe, el conocido pensador positivista, Littré, llegó a la misma hipótesis en un artículo sobre la moralidad, publicado en una revista: «*Philosophie positive*».

(11) El libro de Godwin, «*Political Justice*», dos volúmenes, apareció en 1792-93 (en la segunda edición han sido hechas algunas supresiones por la censura). «*De la justice dans la Revolution et dans l'église*», de Proudhon, apareció en 1858-1859.

Pero aun ahora mismo estamos muy lejos de la materialización de la igualdad en la vida social. Los pueblos civilizados han estado hasta hoy divididos en clases que yacen una sobre otra como extractos geológicos. Recordáos de la esclavitud que dominó en Rusia hasta 1861, y en Norteamérica hasta 1864. Recordáos de la servidumbre que duró en Inglaterra hasta 1797 en relación a los mineros, y los hijos de la pobreza que se llamaban en Inglaterra «workhouse apprentice» (12), arrancados a los padres por agentes especiales que viajaban por todo el país hasta fines del siglo XVIII, y llevados a Lancashire para hacerlos trabajar en las fábricas de algodón. Pensad, por fin, en el infame tratamiento que los llamados pueblos civilizados imparten a aquellos que llaman «razas inferiores».

El primer paso que debiera dar la humanidad en su evolución moral sería, pues, el reconocimiento de la justicia, es decir, de la igualdad de todas las criaturas humanas.

Sin justicia, la moralidad es lo que fué hasta aquí, es decir, una hipocresía y esa hipocresía protege aquella ambigüedad de que está penetrada la actual moralidad personal.

Pero la sociabilidad y la justicia no forman tampoco el contenido entero de la moralidad. Se compone además de una tercera parte, que por falta de un nombre mejor se puede calificar como disposición para el sacrificio, como magnaninidad.

Los positivistas llaman a eso altruismo, es decir, la capacidad de obrar en beneficio de los demás y en oposición al egoísmo. Con ese calificativo evitan el concepto cristiano del amor al prójimo, y lo eluden porque la palabra «amor al prójimo» no refleja justamente el sentimiento que mueve a los hombres cuando sacrifican sus ventajas directas en beneficio de los demás. Y realmente,

(12) Así se llamaba a los hijos de aquellos pobres que, tras largos años de lucha infructuosa con la pobreza, se veían obligados a ir a los asilos obreros, verdaderas prisiones con trabajos forzados; les eran quitados los hijos y dados a los señores de las fábricas para el trabajo en sus establecimientos.

te, el hombre que así obra no piensa en la mayoría de los casos en un sacrificio y no siente ninguna suerte de amor al «prójimo». La mayor parte de las veces no lo conoce absolutamente nada. Pero tampoco la palabra «altruismo», ni «autosacrificio» reflejan perfectamente el carácter de tal acción, pues tales acciones deben calificarse además de «buenas», si lo son, claro está, y son realizadas sin coacción alguna y sin esperar una recompensa en la vida o después de la muerte; ni por consideraciones de utilidad personal o social, sino por invencible necesidad interna reciben esos actos el carácter de buenos, y sólo entonces pertenecen al dominio de la moralidad y merecen propiamente en esos casos la calificación de «morales».

Desde los tiempos más remotos se esforzó la sociedad por despertar la inclinación hacia tal especie de acciones. Educación, canciones populares, leyendas, poesías, arte, religión, tenían esa tendencia. En la sociedad humana existió siempre el esfuerzo por hacer de tales acciones un «deber de honor», y por fomentarias en todas formas. Pero desgraciadamente se desmoralizaron los hombres y sus semejantes mediante la promesa de la recompensa por los actos morales. Y tan sólo ahora comienza a surgir el pensamiento de que una sociedad que esté construida sobre la justicia y la igualdad de derechos de todos no necesita ninguna suerte de remuneración para la abnegación de los individuos. La palabra «abnegación» comienza poco a poco a recibir un nuevo sentido, pues en la mayoría de los casos el hombre que pone su energía al servicio de la totalidad no pregunta lo que se le ha de dar en cambio. Obra así y no de otro modo porque está en su naturaleza; porque no puede obrar de otro modo que como aquel mono que fué a defender la mona joven contra los perros y que no oyó jamás ni el imperativo religioso o el kantiano ni obró por consideración utilitaria alguna.

El «sentimiento del deber» es seguramente una energía moral. Pero sólo decide cuando se cruzan en nosotros dos temperamentos naturales y nos hacen vacilantes en nuestra acción. Los hombres llamados dotados de capacidad de sacrificio no esperan en la mayoría de los casos el dictado de ese sentimiento.



«El supremo ideal a que se han elevado los mejores de nosotros, no es otra cosa que lo que observamos ya en los animales y en las razas primitivas, lo mismo que en los pueblos civilizados de nuestros días, cuando se ofrenda la vida por el prójimo y por la dicha de las futuras generaciones.

Sobre este ideal no se elevó hasta aquí nadie y nadie puede elevarse.»

Pierre Kropotkin

# VIDA SIN PRINCIPIOS

## De las minas de oro a los cementerios

### IV

EL último recurso de nuestra energía ha sido el robar los cementerios indígenas del istmo de Darién, empresa que parece estar en sus comienzos, pues según noticias, la legislatura de Nueva Granada ha promulgado una ley, regulando esta clase de minería. Un corresponsal de la *Tribuna* aconseja al efecto: «Es en la estación seca, cuando el tiempo no permite la búsqueda de otro lugar, cuando sin duda se pueden encontrar otros guacas (cementerios) muy ricos». Y a los emigrantes les sugiere: «No hay que ir hacia allí antes de diciembre y el mejor lugar para penetrar en la región es por la Boca del Toro; por supuesto, es inútil llevar mucho equipaje o cargarse con una tienda; a lo sumo bastan un par de frazadas y, como herramientas, basta un pico, una pala y un hacha». Consejo que parece copiado de la «Guía de Barker». Y concluye con esta línea subrayada en pequeñas letras: «Si os va bien en vuestra nueva vida, no la dejéis más». Que muy bien podemos traducir así: «Si hacéis un buen negocio robando tumbas, seguid así».

¿Para qué ir también a California buscando una nueva prédica? Uno es hijo de Nueva Inglaterra y ha sido educado en sus escuelas e iglesias.

Es notable que entre los predicadores haya tan pocos maestros morales. Los profetas emplean su tiempo excusando el camino de los hombres. Muchos reverendos señores, los *illuminati* de la época, me dicen, con graciosa y reminiscente sonrisa, entre aspiraciones y temblores, que no es conveniente demostrar mucha compasión en tales cosas; mejor es amontonarlo todo y sacar también su mejor tajada del fuego. El consejo más grande que oí sobre estos asuntos fué bien rastroso. Consistía en que no vale la pena reformar al mundo de dicha manera. No hay que preguntar cuánta mantequilla han untado en nuestro pan; pues podríamos enfermarnos si tal hiciéramos, y así por el estilo. Un hombre debe saber en seguida que se pierde la inocencia con el procedimiento de conseguir el pan. Y entre los hombres demagogos no se encuentra uno que no sea un ángel del mismo demonio. Cuando crecemos, vivimos más vergonzosamente, descansando de nuestras disciplinas y, casi siempre dejamos de obedecer a nuestros mejores instintos. Pero deberíamos ser constantes hasta el extremo de la cordura, despreocupándonos de las gibas de los que son más infelices que nosotros.

También en nuestra misma ciencia y filosofía, no hay comunmente verdad y una anotación absoluta de las cosas. El espíritu sectario y limitado ha dejado las huellas de sus cascos hasta en las mismas estrellas. Basta discutir el problema de si los astros están o no habitados, para encubrirlo. ¿Para qué ensuciar el cielo con las suciedades de la tierra? Ha sido una desdicha el descubrir que el doctor Kane era masón y que Sir John Franklin también lo era. Pero es una sugestión más cruel y mucho peor el saber que posiblemente ésa fué la razón por la que el primero buscó al último. No hay en nuestro país una revista valerosa que se atreva a imprimir los pensamientos de un joven sobre importantes asuntos, sin el consabido comentario. Debe pasar ante los C.D. Mejor quisiera yo reflexionarlos en la vecindad de los páros americanos (*chickadee-dees*).

Vienen las gentes a ver el funeral de la humanidad cual si se tratara de un simple fenómeno natural, con mezquinos pensamientos de sacristía aptos para todo el mundo.

Es difícil encontrarse con un hombre *intelectual*, que sea tan amplio y verdaderamente intelectual que uno no tenga inconveniente en pensar en alta voz delante de él. La mayoría ante la cual uno intenta hablar, en seguida se atrinchera en alguna institución de la que forma masa compacta, es decir, que ve las cosas de un modo particular y no universal. Seguirán los hombres siempre confiando en su bajo techo, en su limitado horizonte, entre ellos y el cielo, cuando el cosmorama celeste se extiende sobre sus cabezas. Habría que sugerirles que se apartaran del camino con sus telarañas y que lavaran sus ventanales. Se me ha dicho que en alguna sala de conferencias han excluido el tema religioso. Pero ¿cómo sabré yo lo que es su religión, si no estoy cerca y se me aleja de ella. He caminado yo también por tal lugar, actuando lo mejor que pude, con limpia conciencia en mis experiencias sobre la religión, y el auditorio nunca captó lo que yo pensaba. La conferencia les hacía el mismo efecto que el claro de luna. Además, si les leía la biografía de los mayores delincuentes de la historia, podían pensar que había estado escribiendo las existencias de los diáconos de sus iglesias. Ordinariamente hacen preguntas como éstas: ¿De dónde viene usted? o ¿A dónde va usted? Y fué ésta la pregunta más sensiblera que por casualidad escuché a uno de mis oyentes, dirigiéndose a otro: «Pero, ¿para qué hablara? Confieso que me estremeci un poco».

## CUALIDAD DE HOMBRE

Para hablar con imparcialidad, los mejores hombres que conozco no son turbulentos, pues llevan todo un mundo de serenidad en ellos. Por el contrario, la mayoría mora en formas, mientras que aquéllos estudian y pulen los efectos un poco más finamente que los otros. Seleccionamos el granito para los cimientos de nuestras casas o graneros; construimos cercas de piedra; pero aún no tenemos en nosotros mismos una base de granítica verdad, de roca primitiva. Nuestras vigas están carcomidas. ¿De qué materia está hecho el hombre, que no coexiste en nuestro pensamiento la más pura y sutil verdad? A menudo acuso a mis mejores amigos de la inmensa frivolidad; pues mientras empleamos amaneramientos y cumplidos nos desconocemos, no aprendemos unos de otros las lecciones de la honestidad y la sinceridad cual hacen los brutos, o de la constancia y solidez que poseen las rocas. La culpa es de todos, pues habitualmente no deseamos saber nada unos de otros.

¡Consideremos cuán característica y superficial ha sido la excitación sobre Kossuth! Otra clase más de política o de baile. Muchos pronunciaban discursos en su favor a través del país; pero lo que en verdad hacían era expresar el pensamiento, o la necesidad del pensamiento, de la multitud. Nadie se atrevía a decir la verdad. Los hombres, al actuar así, es como si estuvieran atados juntos, del modo que unos se apoyan con los otros, aunque tal conglomerado nada signifique; como los hindúes hacen que el mundo se tranquilice en el lomo de un elefante, encima de una tortuga o de una serpiente, etcétera. Y como fruto de tal agitación nos queda el sombrero de Kossuth.

Casi siempre nuestra ordinaria conversación no deja de ser huera e inefectiva. Pues la superficie siempre busca su nivel superficial. Cuando nuestra vida cesa de ser interior y privada, la conversación degenera en chismorreos. Raramente se tropieza uno con un hombre cuya conversación no sea el reflejo de lo que haya dicho su vecino; y en su mayoría, la sola diferencia entre uno y su vecino, radica en que éste se ha ensimismado en su diario, o en el chismorreos de un salón de té, mientras que a nosotros tales cosas nos dejan indiferentes. Nuestra asiduidad a la estafeta de correos, con el fin de leer los diarios recién recibidos, está en proporción directa con el fracaso desesperado de nuestras vidas. Así es como se vuelve uno dependiente de tales papeluchos, y hasta mira con cierta envidia al cartero que los lleva, caminando a lo lejos con tantas cartas; excesiva correspondencia que nos hace pensar que el hombre tal vez nunca se haya escuchado a sí mismo.

No sé si será ya mucho el leer un diario cada semana. Cuando lo intenté a título de ensayo, me pareció en verdad que ya no moraba en mi región nativa. El sol, las nubes, la nieve, los árboles, etc., me dicen mucho más. Como es lógico, uno no puede servir a dos amos, pues

se requiere algo más que la devoción de un día para saber y para poseer la riqueza de ese día.

## AUSENCIA DE ALTURA EN LOS PROPOSITOS

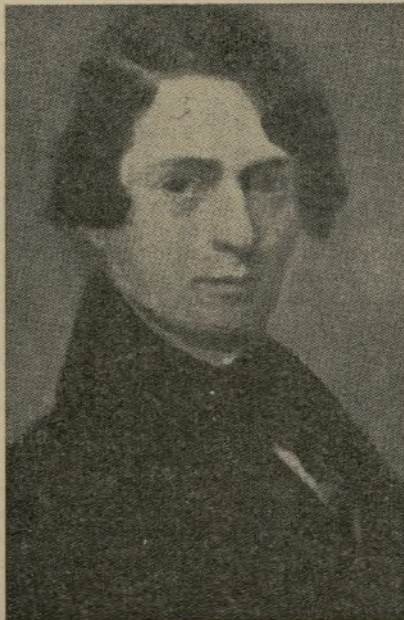
Podemos sentirnos avergonzados diciendo la clase de cosas que hemos leído u oído durante el día. No me acabo de preguntar por qué las noticias han de ser tan triviales, considerando lo que son los propios sueños y esperanzas, y a causa de que tienen que ser los acontecimientos tan mezquinos. Las noticias que casi siempre escuchamos son futilidades para nuestro genio. Se trata siempre de la misma repetición. A menudo uno se extraña de que siempre exista idéntica tensión, cuando hace la experiencia de encontrarse de nuevo, al cabo de veinticinco años, en plena calle con Hobbins, Registrar o Deeds. ¿Es que no han podido cambiar tan sea un poco? Y así ocurre con las noticias cotidianas. Aparecen sus hechos flotando en el aire, como los espóculos de las plantas, tropezando con algún talo distraído, sino es con la superficie de nuestras mentes, que le sirven de

base y en donde los parásitos crecen. Deberíamos desinfectarnos siempre de semejantes noticias. Mejor sería que nuestro planeta explotara y todo ese noticiario pereciera en la explosión. Cuando gozamos de buena salud natural, nada nos importan los chismes de los diarios, pues nuestra vida transcurre en una indolente alegría. En verdad os digo que yo no correría ni a la misma esquina de la calle para ver la explosión del mundo.

Por casualidad, sobre todo en los veranos y hasta bien entrado el otoño, uno inconscientemente se acerca a las estafetas de correos para leer los diarios al atardecer, pero, es posiblemente porque nuestro día estuvo muy repleto con una cosecha de pensamientos propios. Nuestras caminatas estuvieron llenas de incidentes, preocupándose como uno lo hacia, no con los asuntos de Europa, sino con los episodios ocurridos en los campos de Massachusetts. Y si uno intenta vivir, moverse y tener un bienestar en este lugar en donde cosecha sus propias noticias—más valerosas que las impresas en el delgado

papel —, entonces tales cosas bastan para llenar nuestro mundo; pero si uno se aleja de ellas, planeando por encima o sumergiéndose por debajo, entonces uno no puede recordarlas ni ser recordado por ellas. Realmente para qué querer más que la observación de la aurora y del ocaso, siempre variados, y con relación directa hacia los hechos universales. Si tal hacemos, nuestro equilibrio mental no podrá ser más saludable ¡Qué nos importan a nosotros las naciones! ¿Que son éstas? ¡Hormigueros de hunos, tártaros o chinos! Como insectos por doquier pululan, en compactos enjambres. Parece que la existencia de tantos se basa en la voluntad de un hombre. Ante todo ese conglomerado de individuos gregariados, todo hombre pensante, parafraseando al Espíritu de Lodin, expresará :

*«Desde lo alto miro allá abajo las lejanas naciones,  
Que para mí ya no son más que montones de cenizas;*



THOREAU

*Calma es mi noble morada en el seno de las nubes;  
Placenteros los campos en donde reposo.»*

Llevemos una vida de oración, vivamos sin la persecución de los canes, cual los perros de los esquimales, que arrastran el trineo por colinas y llanos, mordisqueándose las orejas unos a otros.

No es sin un ligero estremecimiento de peligro, cuando a menudo me doy cuenta de lo cerca que he estado admitiendo en mi mente los detalles de un trivial asunto: siempre las noticias vulgares de la calle; y me asombro al pensar cuántos son los hombres que calcinan sus mentes con semejante basura; permitiendo así a rumores perezosos y a chismorreos insignificantes, la invasión del terreno en donde mora el pensamiento, que debería estar vedado a tales superfluidades. ¿Debe ser la mente una plaza pública, en la cual los asuntos callejeros y las murmuraciones de los corrillos en donde se toma el té, sean los asuntos absorbentes? ¿O no sería mejor que fuera un lugar del cielo, en un templo principalmente dedicado a los dioses? Encuentro tan difícil el despreocuparme de los hechos que para mí son tan insignificantes, que titubeo en fijar mi atención en los que me parecen insignificantes y que carecen de la ilustración que pudiera darles una mente divina. No otra cosa son las noticias de los diarios y las conversaciones, e importante será en este aspecto, preservar la castidad de la mente. Para el tribunal criminal de nuestra mente, el solo hecho de pensar y admitir los detalles de un solo caso, es algo así como cazar al acecho y profanamente a través del verdadero *sanctum sanctorum* de una hora, o por desgracia ¡de muchas horas! No hagamos un verdadero tabernáculo en la mejor parte de nuestra mente, para que por mucho tiempo nos ocupe el polvo de la calle, de esa en la que todo es tráfico, movimiento y suciedad ¡qué arruinan los santuarios de nuestro pensamiento! ¿No es eso un suicidio moral e intelectual? Recuerdo que cuando me he visto obligado a comparecer como espectador o como testigo en un tribunal por algunas horas, y habiendo visto a mis vecinos también allí, que ninguna obligación tenían de presentarse en tal lugar; observar que éstos caminaban sigilosamente, cual si se robaran su propio tiempo, con las manos y las caras pulcramente lavadas y, al sacarse los sombreros, me parecía que pronto sus orejas se expandirían en vastas esperanzas para captar los sonidos, a pesar de que la estrechez de sus cabezas formaba una multitud compacta. Como las aspas de los molinos de viento, captaban la ancha y profunda corriente del sonido y luego de unos pocos titilantes movimientos sobre sus cerebros amortajados, separábanse hacia el otro lado. Me preguntaba si, al retornar a sus casas, se lavarían tan cuidadosamente sus orejas, como antes lo habían hecho con sus manos y sus caras. Me parecía que, en aquel momento, tanto el público como los testigos, los jueces y el jurado, el acusador y el criminal del bar — si me lo imaginaba culpable antes de que fuera juzgado —, eran todos criminales, y mejor hubiera sido que un tormentoso rayo descendiendo del cielo los hubiera exterminado a todos.

#### NECESIDAD DE AMPLIAR EL HORIZONTE

Por doquier hay trampas y letreros, amenazando con la extrema pena o con la divina ley, para excluir a los

vagabundos del solo terreno que es sagrado para la sociedad. ¡Es tan penoso el pensar qué es lo peor o inútil de recordar! Si he de ser ave de paso, prefiero que sea de los arroyos montañosos, de las corrientes parnasianas y no de los desagües de las ciudades. Allí hay inspiración, ese murmullo que llega a la mente atenta desde las cortes celestiales. Aquí abajo existe lo profano y la trasnochada revelación que procede de las tabernas y de las comisarías policiales. El mismo oído es apto para recibir ambas comunicaciones. Sólo el carácter del que oye debe determinar hacia cuál debe de estar abierto y hacia cuál debe de cerrarse. Pienso que la mente puede seguir siendo delirada y estar permanentemente profanada por el hábito de escuchar cosas triviales, hasta el punto de que todos nuestros pensamientos aparezcan teñidos de trivialidad. Nuestro verdadero intelecto está empedrado, sus fundamentos rotos en fragmentos por las ruedas que le pasan incesantemente encima, y si se quiere saber qué es lo que hace el más duradero de los pavimentos, sobrepasando a los guijarros rodados, a los bloques de abeto y hasta al mismo asfalto, no hay más que fijarse en algunas de nuestras mentes, que por tanto tiempo han sido sometidas a dicho tratamiento.

Así nos hemos destruido nosotros mismos y, ¿quién no lo ha hecho tan sea un poco? El remedio será la devoción y firmeza que empleemos para nuestra propia reconstrucción, poniendo una vez más un santuario en nuestra mente. Debemos tratar nuestras mentes, es decir nuestros pensamientos, como hacen los niños inocentes e ingeniosos, cuyos guardianes somos nosotros, y permanecer cuidadosos con los objetos y los asuntos que le confiemos. No hay que leer en el Tiempo, sino en la Eternidad. Los convencionalismos son a la postre tan malos como las impurezas. Aun los mismos hechos de la ciencia deben barrer la mente con su sequedad, al menos que no se enfrenten en cierto sentido cada mañana, o más bien no se hagan fértiles con los rocíos de las frescas y vivientes verdades. El conocimiento no debiera llegarnos en fragmentos, sino en luminosidades que del cielo descendieran. Si, cada pensamiento que pasa a través de la mente la ayuda a desvestirse o a arrojarse, y también a profundizar en sus raíces. Parece ser evidencia de esto las mismas calles de Pompeya, por el mucho uso que de ellas se ha hecho ¡Cuántas cosas existen que se deliberarían mejor si las conociéramos, dejando que otros manejen sus carros de mercachifles, a pequeño trote o a ritmo de paseo, encima de ese puente de glorioso ojo de luz, por el cual confiamos pasar en última instancia desde el más lejano borde del Tiempo hasta la más cercana orilla de la Eternidad! ¿Es que ya no tenemos cultura ni refinamiento, sino solamente habilidad para vivir mediocremente y ser así los mismos siervos del diablo? ¿Para adquirir una pequeña riqueza ostentosa, o fama, o una discutible libertad, y hacer con ellas una falsa muestra, como si no fuéramos más que cáscara o concha, sin sus tiernos y vivientes interiores? ¿Es que nuestras instituciones deben ser como esas castañas malas que contienen un interior amargo, y que su sola perfección estriba en la picazón que nos causan en los dedos?

H. D. THOREAU

(Trad. V. Muñoz)

# Altos estudios de Víctor Hugo

## MENSAJES

★  
Si se levanta una voz para acusar a los dominadores, veinte tribunales abyectos se indignarán y su justicia castigará a la verdad augusta, la sombra hará que se encierre a la luz en un calabozo.

★  
Los pueblos no deberían olvidar que consentir al tirano es hacerlo.

★  
Para llegar a ser déspota, hay que arrancarse el corazón; el trono es un matadero y la corte un muladar.

★  
Si se revuelve la historia, ese panteón de los crímenes, se encontrará a los bandidos que aterraron al mundo, desde Constantino hasta Isaac el levita, desde Dario el persa hasta Dusitre el moscovita, desde el inglés Eduardo hasta el medo Barazas, todos haciendo de la historia el sarcófago de la muerte.

★  
Los más tristes son los que siembran la desolación.

★  
Mortales, devolved el bien por el mal; responded al odio con el amor.

★  
La ley es siempre áspera, sorda y fría.

★  
Los filósofos deben insurreccionar al pensamiento, la razón, la sabiduría y la claridad, contra las tinieblas y el horror.

★  
Lloráis cuando véis que Sylva forma sus terribles listas; tenéis compasión de los proscritos, pero no sabéis el aire puro de que disfrutaban, el orgullo que sienten y la paz sublime de que gozan cuando arrojados por el viento sobre los escollos, adquieren la libertad y la grandeza del oleaje.

★  
No dudéis que produce inefable alegría verse perseguido y maltratado por defender la libertad y luchar por la verdad.

★  
El hombre humilde o grande, noble o de alma abyecta, palpa la suerte del mismo modo que se palpa una pared en la oscuridad, y teme a la piedad como si fuera un pozo oscuro, prefiriendo el odio y por no agarrarse a la cuerda de la misericordia se agarra al dogal del mal.

★  
El perdón grita: ¡Amor! Conceder perdón espantoso, y esta frase tan sencilla, dulce y clara: Amaos, hermanos, los unos a los otros, es tan profunda que sólo ha sido comprendida por los filósofos.

★  
En todas partes desde el Ganges al Sena, desde el Tiber al Amazonas, el hombre sufre, y el amo y el esclavo están cansados; hasta el yugo mismo se queja y todo el mal nace de que no se abren los corazones a la verdadera luz.

★  
La repugnante oscuridad en que vivimos ha dado ocasión a todos los delitos de la tierra.

★  
Maldigamos y persigamos sin piedad ni tregua a las tinieblas, pero no a los tenebrosos; aunque éstos nos han azotado y perseguido, compadezcamos su desventura.

★  
¡Todos los que ven la luz, la adoran!

★  
Todo debe crecer en la claridad: el hombre, la flor, la rama y el pensamiento.

★  
Para el que no tiene nada, caminar entre la humanidad, amparar al que sufre, crear corazones y acrecentar la hermandad, es hacerse feliz en el mundo.

★  
Los sacerdotes olvidan que hay muchos desgraciados que padecen sed, hambre y frío; sus casullas cuajadas de topacios y piedras preciosas, sus vestidos en los que se refleja el dorado Oriente, son negros espectros que sólo viven en las tinieblas, sorprendiendo al pobre Jesús en su pesebre y allí lo matan.

★  
El fausto del sacerdote representa todo lo que los pobres no tienen, su vida inocente, el alquiler del hogar, el fuego, la dignidad del corazón que no se doblega, el trabajo que aumenta porque el salario disminuye, la alegría, el honor de las mujeres y el porvenir de los niños.

★  
Las joyas del papa son diamantes que brillan sobre sus purpúreos ropajes, con los mismos destellos que los espantosos ojos del chacal.

★  
¡El infalible Dios! Que no sabe lo que sabía Keplero, lo que encontró Newton, lo que vió Galileo, y que está fuera de sitio bajo la bóveda estrellada; poseyendo todos los defectos posibles, es decir, es inflexible, celoso, inexorable, irascible; loco que ha condenado a todo el universo por robar una manzana; lanza al azar el rayo, mata en masa y deja al diablo en libertad...

Selección de V. M.

# NEO-MALTHUSIANISMO

# MALTHUSIANISMO Y SOCIALISMO

## NECESIDAD DE MAS INTERNACIONALISMO

Pero, en primer lugar, el proyecto de Juan Stuart Mill deja en pie la objeción precedente, puesto que no podría ponerse en práctica sino en una nación determinada y que en nada conjuraria los peligros de invasión. Los ingleses pueden predicar el nuevo culto en sus escuelas, pero no pueden imponerlo ni a los alemanes, ni a los rusos, ni a los chinos. *Hablar de «educación nacional» es renegar el sistema, puesto que debería ser universal para que produjera efectos apreciables.*

Séame permitido oponer al gran pensador cuyo proyecto combato, que si ingleses y franceses no pueden imponer a los demás pueblos su plan de educación, tampoco lo adoptarán para si mismos. Saben muy bien que el vacío es aspirante y temerian comprometer su independencia nacional. Defenderán su población por todos los medios que estén en su poder a fin de consultar numerosos ejércitos de defensa, y de este modo añadirán a las miserias, producto del gran número de habitantes, las que resultarán de los gastos estériles y de la improductividad de millares de trabajadores. Los neo-malthusianos predicarán en el vacío. Chocarán, no tan sólo con la indiferencia y el egoísmo de los individuos, sino también con todos los que temerán, con razón o sin ella, las consecuencias de una detención de la población para seguridad de su país. Lejos de enseñar el neomalthusianismo en las escuelas, enseñarán el «creced y multiplicaos», reforzado con el «culto a la patria».

Y hasta me pregunto por qué hablo en futuro. Es en presente que debería hacerlo. Hace ciento diez años que se descubrió la ley de Malthus. Ha sido discutida por todos los economistas. Es universalmente conocida. Y sin embargo, ¿qué vemos en el Parlamento? Proposiciones de ley destinadas a proteger las familias numerosas pero no un plan de educa-

ción sexual para una procreación consciente. Los Plot son infinitamente más abundantes que los Drysdale, y el prejuicio es tan fuerte, que los particulares que se entregan a las prácticas anticoncepcionales se avergüenzan de confesar lo que tanto les honra. Y no digo nada de las odiosas condenas que a trechos hieren a los malthusianos.

Si fuese ya un hecho la unidad federativa del mundo tendríamos una probabilidad de resultado; pero estamos lejos de esto, por más que el movimiento natural del género humano parece a esto encaminarse. Hasta entonces, las antinomias que señalé ocho años atrás en mi libro *La Humanidad y la Patria*: la antinomia del ejército, la del proteccionismo y la de la población, continuarán haciendo su obra y desacreditando la doctrina neo-malthusiana si ésta queda exclusiva, aislada.

Hasta es probable que la realización de la federación humana no baste a hacer adoptar el plan de educación preconizado por J. S. Mill si por otro lado la forma de la sociedad continuase como ahora. Las ideas de Carlos Marx son falsas cuando atribuye el exceso de población sobre las subsistencias a simples causas económicas. Habría estado en lo cierto si se hubiese limitado a afirmar que el interés de las clases directoras se opone a la difusión de las verdades malthusianas.

Tal como magistralmente estableció, la burguesía tiene necesidad de un ejército de reserva del capital; necesita obreros parados, sin trabajo, amarillos,<sup>(1)</sup> para poder reducir a los obreros que hacen valer sus reclamaciones por medio de la huelga, y como el neo-malthusianismo impediría el reclutamiento, es seguro que, mientras detente el poder, mientras no se efectúe una transformación radical de la sociedad, combatirá enérgicamente esta doctrina.

(1) Esquirols.

Cierto que en los países envejecidos en civilización se observa que las poblaciones decrecen debido a que el egoísmo se transforma bajo el imperio de un desarrollo intelectual superior. En lugar de empujar a sus individuos hacia una mayor producción por el deseo inconsciente de no atenuar su voluptuosidad, les detiene por el temor de las cargas que una proliferación no vigilada haría pesar sobre ellos. Es de un alcance más lejano.

Fero si la densidad de la población disminuye en estas civilizaciones refinadas, es, como dije anteriormente, para atraer por succión la ola de los pueblos jóvenes o imprevisores. Desde el punto de vista general humano, el fenómeno no ejerce acción ninguna.

Los neo-malthusianos se equivocan, por consiguiente, cuando presentan los métodos preventivos del aumento de población como un medio de solución del problema de la miseria, y cuando rechazan por desprovistos de valor los sistemas socialistas, en diversos grados, de los que persiguen la transformación graduada o revolucionaria de las sociedades sobre el terreno económico.

Por otro lado los socialistas cometen un error igual cuando se imaginan poder solucionar la cuestión social no teniendo para nada en cuenta una ley cierta, archidemostrada, y que, sea cual fuere la forma superior que diesen a la sociedad, les anularía todos sus esfuerzos si la sociedad nueva no introdujera en las costumbres el medio de remediar este peligro.

Hasta aquí, neo-malthusianos y socialistas se consideran como adversarios de los neo-malthusianos —o por lo menos muchos de ellos— porque juzgan inútil y vana toda reforma social que no tenga en cuenta la ley por ellos establecida; los socialistas porque encuentran en la propaganda neo-malthusiana una derivación a la propagación de sus ideas, a la realización de sus esperanzas.

ocho días lo dedicaba a hacer algún breve viaje y gozar de la quietud sedante de la vida campestre, que devolvía a su espíritu la energía indispensable para reanudar la propaganda y su gestión corporativa.

En 1892, nuevas aventuras hirieron el corazón de esta mujer magnánima, heroica. Su padre falleció a consecuencia de un ataque de apoplejía; la arterioesclerosis había minado la existencia de aquel varón ilustre, que resistió a pie firme las mayores contrariedades y amarguras. Sus fraternales amigas Ana Corlota Leffler y Sofía Kowalewski murieron también en el transcurso de pocos meses. En 1900 pensó Hellen Key que tenía conquistado ya el derecho a descansar temporalmente y el deber imperioso de renunciar a las tareas profesionales, porque se lo exigían los apremios que siente quien se consagra al estudio de pertenecerse a sí mismo, concentrando la actividad en el trabajo de gabinete, donde únicamente es posible que se realice la producción intelectual sin limitación de tiempo.

Hasta entonces había llevado de continuo, sin más que las breves escapatorias al campo, una existencia agitada, tormentosa, llena de agobios y de una laboriosidad agotadora, por haberse consagrado simultáneamente a la enseñanza, a la extenuante tarea de la tribuna pública y a la creación literaria.

Además de los sinsabores y amarguras que sufrió de 1884 a 1892, hubo de experimentar una desazonadora y angustiosísima crisis afectiva que la obligó a sostener consigo misma una lucha cruenta de índole moral, que se prolongaba indefinidamente, no obstante su arrojado propósito de reaccionar ante los rudos y reiterados golpes de la adversidad. Estas tristes y desoladoras circunstancias obligaronla a abandonar la hermosa residencia campestre de Sündshom, donde hasta 1889 había pasado indefectiblemente todos los veranos, y dedicarse en cuerpo y alma, como se ha dicho, a la educación de su pueblo, respondiendo de este modo a la obligación que a sí misma se impuso al cumplir los dieciséis años.

Después de una lucha tan ruda y sostenida, bien merecido tenía algún reposo, y Hellen, que siempre vivió en la acogedora y afectuosa intimidad del hogar, desde el otoño de 1903 habitó de ordinario una alegre casa de campo, propiedad de su hermano Smaland, cerca de su antigua residencia de Sündsholm, durante el breve tiempo en que ponía un paréntesis a sus viajes, que tanto le atraían.

La labor literaria que realizó Hellen Key es considerable, vasta, polifacética; tanto más cuanto que la mayor parte debió llevarla a cabo en condiciones singularísimas, por lo general inadecuadas y sin calma alguna, llena de

# HELLEN KEY

## O

### la libertad de amar

Ediciones Cenit

Suecia, con motivo de las persecuciones judiciales realizadas contra la juventud ilustrada que, llevada de su entusiasmo y sintiéndose vigorosa, atacaba rudamente principios al parecer inmovibles porque basábanse en la tradición en que de apoyaban la Iglesia y el Estado. Una vez más demostró Hellen Key, en aquella memorable ocasión, la energía férrea de su carácter indomable y su concepto altísimo de la justicia, defendiendo al propio tiempo, con soberana elocuencia, a los obreros, a quienes se había negado el derecho de asociación y de huelga.

Cuantos veces creyó ver en peligro un principio de equidad, lanzóse resueltamente al palenque, sin que hiciera mella en su ánimo varonil, templado en las luchas cívicas, ni los ataques, ni las calumnias de que fuera objeto, ni la muerte de su amantísima madre, ocurrida aquel mismo año en Helsingborg, ni el haber perdido su padre toda su fortuna, viéndose obligado a renunciar a la vida política para aceptar un modesto cargo de funcionario.

La entereza de Hellen Key era tal, y tanto su amor por toda causa que estimase justa, que en un folleto acerca del patriotismo sueco atrevióse a sostener, con ocasión de las rivalidades que motivaron la querrela entre Suecia y Noruega, el derecho que asistía a la última para conquistar su independencia. Inútil es decir la animosidad que se fraguó en torno de Hellen y que gran parte de los elementos dirigentes del país censuró acremente, presa de una indignación que no podía ocultar, la actitud de su compatriota esclarecida.

Pero, no obstante las diatribas que contra ella se dirigieron, llegando a escarnecer su conducta y haciéndola objeto de injurias y aun amenazas, no sólo permaneció fiel a sus doctrinas, sino que perseveró con firmeza en la actitud en que se había colocado, combatiendo con gran serenidad y agudeza las tesis reaccionarias y, más tarde, las teorías del socialismo autoritario, en notable estudio «Individualismo y Socialismo», que contiene ideas tan audaces que aún ahora conservan un gran interés, pues marcan los límites en que ha de contraerse la iniciativa privada para no rebasarlos, invadiendo funciones que unas veces incumben a la asociación, y otras, a los organismos del Estado. Este volumen de Hellen Key es un magnífico examen de la dinámica social, en el que traza admirablemente el perfil de lo que ha de ser la gestión tutelar, sin que ninguno de los factores que en ella intervienen traspase ni absorba a los demás.

A pesar de lo intenso de su labor en pro de la acción social, no por eso dejó Hellen Key de aprovechar los escasos instantes que le dejara libre el ajetreo de las luchas candentes, y en cuanto disponía de un intervalo de seis u

la existencia, enseñar a vivir una vida más completa por medio de la cultura literaria; plasmar en la poesía los ecos de la vida.»

Por aquella época, aproximadamente, fundó Hellen Key, en colaboración con otras insignes damas, altruistas de verdad, entre ellas su fraternal amiga la renombrada Sofía Adlesperr, una de las más entusiastas vindicadoras de los derechos femeninos, la sociedad Tolfterna, o sea Las Doce, que tanta celebridad alcanzó y que fué discutidísima, habiéndose, en Estocolmo, dividido los pareceres respecto a los objetivos que perseguía aquel grupo de mujeres inconformistas y bravas campeonas de la emancipación de la hembra humana, en los albores del movimiento liberatriz del sexo incicuamente llamado débil.

Congregábanse allí, en las veladas nocturnas, falanges de obreras y platicábase acerca de los temas de mayor enjundia y de los problemas más palpitantes, y suscitábanse controversias respecto de las cuestiones pedagógicas más inauditas y de los conflictos éticos y de los trastornos sociales. El despertar de la mujer sueca y su preparación para las lides políticas y societarias inicióse con motivo de aquellas disertaciones, que tuvieron como epílogo una vestimenta y radiada organización de las huestes proletarias femeninas. Ahora puede advertirse lo que representara aquel apostolado pedagógico, en sus inicios renovador, y de amplia transformación después y siempre, porque todavía perduran aquellos géérmenes de enorme prolificidad y altamente bienhechores, porque contribuyeron a encauzar la actividad del obrerismo, sueco por su cuna, pero escandinavo y universal por sus repercusiones bienhechoras.

Prosiguiendo su campaña educadora, que venía a ser una hermosa y redentora propaganda laicista, inauguró Hellen Key otra serie de conferencias de vulgarización, dirigiendo la palabra incluso en las más insignificantes aldeas de la península escandinava, ansiosa de difundir sus redentoras ideas entre las mujeres y los niños campesinos.

Su ya citada amiga Sofía Adlesperr fué quien, descubriendo las sorprendentes cualidades de escritura y polémista que atesoraba Hellen Key, aconsejóla que no permaneciera en el incógnito y la decidió a que firmara sus trabajos con el propio nombre, en vez de hacerlo humildemente con el de su padre. Tal era el cariño que esta mujer genial sentía por el autor de sus días, que aún se resistió a ceder a los requerimientos de su camarada, y prestó de nuevo su concurso al popular periodista, entonces en situación nada halagüeña.

Tomó, a partir de 1884, Hellen Key activa participación en las enconadas y violentas polémicas que entabláronse en

## I

### Hellen Key: su personalidad, su orientación y sus campañas educacionistas

La centuria pasada, según un crítico alemán, quizá sea considerada, en épocas venideras, como uno de los períodos de la Historia en que el desarrollo espiritual alcanzara mayor incremento, y queda denominado sin hipérbole el siglo del alma. Sus comienzos fueron, en cierto respecto, por demás renovadores, debido en buena parte a un esfuerzo consciente e impersonal que se propuso apartar la marcha de las sociedades de la vulgaridad, de los campos trillados y del consuetudinario ramplón. Por esto, al acuciarse la actividad del intelecto, surgieron las altas idealidades que robustecieron las energías psicológicas a medida que se acrecentara el anhelo de hacer más libre el pensamiento. Por otro lado, fué un gran elemento impulsor la aparición del Romanticismo, que coincidió con otra circunstancia favorable: el despertar de algunas ramas del saber, tales como la Historia de la Cultura, la Mitología, la Lingüística comparada y, sobre todo, la Biología, la Mecánica y la Electrotecnia.

En un principio la concepción nacionalista no tuvo el menor asomo de «chauvinisme» en ninguno de los pueblos de la Europa occidental. Merced a la analítica proyectada en el vasto campo de la Psicología colectiva, hase podido escudriñar en lo íntimo y recóndito del alma de los pueblos, y puede aseverarse que los encontrados sentimientos que dieron vida y auge a aquella corriente, viniendo a constituir su máximo estímulo, eran más bien otra modalidad de aquel noble humanismo que defendieron con tanto ingenio y ardor Rousseau, Schiller y Herder en el siglo XVIII y aun el mismo Goethe, durante una década del siglo pasado. El mo-

vimiento no sólo alentó en Alemania, sino que logró traspasar las fronteras y se impuso en el resto de Europa. Por esta razón fué aquella una época que llevó a las naciones a apasionarse en extremo por sus ideales, de tal suerte, que hubo de establecerse, en hora dichosa, el mutuo intercambio de la producción intelectual. Los corazones latían al unísono, al sublimarse los sentimientos más generosos, para trocarse en postulados de la razón. Shakespeare llegó a ser, en Alemania, un poeta tan admirado como en su misma patria; Homero, gracias a Voss, fué vulgarizado y puesto al alcance del pueblo; Tieck tradujo a Cervantes; los hermanos Schlegel dieron a conocer la dramaturgia española, y, finalmente, las ciencias y la poesía indostánica y persa penetraron en las naciones occidentales, grabándose profundamente en el alma de las mentes preclaras.

Prescindiendo de la acentuación en los contrastes entre los pueblos que la guerra de 1870 a 1871 produjo en Europa, en perjuicio de la cultura superior, y examinando a fondo los acontecimientos en su contextura interna, es indudable que en las bellas artes operóse una transformación de importancia, y a partir de aquel entonces las mudanzas se efectúan unas tras otras, casi incesantemente. Aquel suceso determinó, en la mayoría de naciones europeas, una conmoción general que permitió al hombre y la mujer llegar a bucear en lo más íntimo de su individualidad.

Los avances de la Psicofisiología contrubuyeron, en no escasa medida, a avezar a las gentes a considerar los estudios anímicos como una de las tareas de mayor envergadura y utilidad social. El ser humano se enfrentaba con sus problemas y comenzó a escudriñar en el propio ego. Y, para convencerse de que la afirmación no es aventurada ni la sugiriera un concepto arbitrario de las cosas, los hechos y los hombres, tan sólo hay que pensar en la figura cumbre, realmente extraordinaria, de Ricardo Wagner, hoy casi olvidada de las nuevas generaciones, alrededor de la cual, a pesar de ser su personalidad tan alemana, ya que encarnaba el germanismo más exaltado, agrupáronse gentes nobles por su alcurnia y por su espíritu clarividente, así de Francia como de Rusia, de la Gran Bretaña como de Italia, de Escandinavia como de España. Y, con ser muy grande la labor de los intelectuales en pro de la obra genial del discutido compositor, no fué menos entusiasta y fervoroso el culto que le consagraron las mujeres, desde la dama de alto linaje a la mujer plebeya. En torno del gran músico poeta se formó una república de escogidos, en la que figuraron todos los espíritus cultivados y anhelantes que cifraban su ideal de vida en descubrir las infinitas caras de la realidad.

Que cuanto atañe a la cultura del alma era el mayor

a ingresar como profesora en un colegio de señoritas de notoria reputación, donde ejerció en seguida una influencia profundamente renovadora y claro que ampliativa.

Un biógrafo recoge el testimonio irreusable de algunas de las alumnas de Hellen, quienes aseveraban, con un entusiasmo difícil de contener, que las explicaciones de su joven profesora constituían para ellas horas incomparables de edificante recogimiento, en que su espíritu se iba nutriendo de pensamientos elevados e ideales confortadores que las estimulaban a proseguir con ahínco en los estudios, cada vez con mayor solicitud y más júbilo.

Jamás encaminó Hellen Key su trabajo pedagógico hacia una esfera meramente didáctica; antes al contrario, ponía todo su empeño en preparar a sus dilectas alumnas, para hacer de ellas mujeres afables, diligentes, consciás del deber y celosísimas del cumplimiento de aquella misión altísima que las llevaba a cultivar la inteligencia y modelar el carácter. Nunca trató tampoco de poner género alguno de limitación a la tendencia inquisitiva de las muchachas, y dirigió siempre toda su amable solicitud a grabar en el cerebro de sus discípulas las nociones básicas de una orientación ilimitada que cifraba el éxito en el pleno desenvolvimiento de la personalidad.

Pero a la par que ponía todo su cariño en el ejercicio de sus tareas profesoras, explicaba a las jóvenes cursos de Literatura, Historia de la Civilización y Bellas Artes, con objeto de familiarizarlas con aquellas ideas generales que tanto y tan eficazmente contrubuyen a despertar el interés por las cuestiones que, sin ser indispensables, adiestran a la juventud en el manejo del utillaje pedagógico.

Y no satisfecha aun de su labor educacionista, quiso completarla; con este fin, desde 1893 y 1900, desarrolló en el Instituto Obrero de la capital de Suecia, que en 1880 se fundó por iniciativa del egregio sexólogo y respetable profesor Anton Nystrom, una activísima tarea de divulgación científica, de extensión universitaria, satisfaciendo así sus más arraigadas inclinaciones y sus ideas innovadoras de infundir a la enseñanza un sentido armónico, integral.

En aquel Centro de cultura popular dió conferencias de Historia de la civilización sueca y Literatura, que en sus comienzos apenas obtuvieron un mediano éxito; pero poco después congregaba en cada sesión una concurrencia tan numerosa que oscilaba entre seiscientas y mil personas, obreros y mujeres en su inmensa mayoría. Para formarse cabal concepto de lo que para sus oyentes suponían las secciones explicadas por la gran luchadora, es preferible que transcribamos sus propias palabras, llenas de unción, de cálido entusiasmo, de fe religiosa laica. «No me proponía, dice, formar sabios, ni enseñar muchas cosas; mi objeto era preparar para

en la soledad, en que me he formado; pero he sido educado para la actividad social y por la simpatía humana.» Y, prosiguiendo el estudio de su propio *ego*, añade: «El individualista que tiene la pasión de juzgarse un ser único y de exteriorizar las intimidades de su «yo», no disfrutará nunca de una existencia fecunda...: sabrá adquirir con su propia vida y con la de otros, riquezas y encantos siempre nuevos.»

Ejercieron influencia avasalladora en su definitiva orientación los viajes que desde 1869 a 1880 realizara en compañía de sus padres por toda Europa, y singularmente por Dinamarca, la pequeña gran nación, el pueblo más evolucionado y culto del continente, donde estudió de manera concienzuda la estructura y el funcionamiento de las instituciones docentes. El anhelo de completar más su formación intelectual llevaba, no sólo a visitar los museos, sino a seguir varios cursos de Filosofía en distintos centros de cultura extranjeros. Al mismo tiempo, la lectura de las obras de Ibsen, Garbourn, Strindberg, Jonas Lie, Haenson, y las afectuosas relaciones de amistad que entablara por espacio de un año con Bjoernson, quien le predijo un halagüeño porvenir, porque intuyó en ella las cualidades excepcionales que atesoraba, perfeccionaron considerablemente su sentido estético y su tendencia a imprimir a sus trabajos un ritmo acelerado, y la hicieron vislumbrar un horizonte más vasto, habituándose a enfocar los problemas desde distintos puntos de mira y bajo diversos aspectos. Desde aquellos tiempos inquirió febrilmente, sin desalentarse, cobrando creciente afición hacia los temas especulativos más complejos, arduos y de mayor magnitud, singularmente aquellos que conciernen a la formación de los hábitos mentales y las normas rectoras de la conducta.

#### IV

##### Actividad social

En 1880 hizo su acceso a la vida activa, y durante veintitrés años la ciudad de Estocolmo fué su residencia habitual. En 1874 había estado a punto de encargarse de la dirección de una escuela primaria superior, pero no llegó a contraer un compromiso formal porque, por modestia, rehuera adquirir la grave responsabilidad de una misión espionosa, para la cual no se consideraba con fuerzas suficientes. Como todas las personalidades de gran capacidad y que atesoran dotes sorprendentes, Hellen abrigaba dudas, no sólo en lo que concierne a sus aptitudes, sino que vacilaba porque creía que su vocación no se había definido con la nitidez indispensable. Poco después, sin embargo, decidióse por fin

estimulante de la producción intelectual, lo pudimos advertir más claramente a fines del siglo, cuando un neorromanticismo vino, en cierto modo, a revelar el materialismo de las ciencias económicas y estableció sus conjunciones a través de las fronteras de las nacionalidades, trasponiendo los límites que por espacio de algunas décadas habíanse creído infranqueables. Cuanto se había dicho y escrito, que parecía ya olvidado para siempre, revivió a la sazón y cobró nuevos alientos, tomara nuevos avatares, volviendo a ser actualidad palpante. Pero, aún hay más: se demostró palmariamente que las interferencias que se observaban en el trabajo intelectual, designadas unas veces con el nombre de «concepción materialista de la Historia», otras con el de «determinismo biológico» o de «socialismo utópico», fueron, a la postre, una hermosa conquista de la ciencia y un positivo bien para el avance de los pueblos. Merced a ellas robusteciéronse los esfuerzos de la potencialidad efectiva, evidente, innegable, de los grupos sociales, y el espíritu, cultivado en la esfera individual, liberándose de las nefastas y terribles y abominables influencias ancestrales que le oprimían, sintió la necesidad imperiosa de identificarse con la vida plena, y proyectó su eficiencia, cada vez más poderosa, en lo por venir.

Faltaba tan sólo un gran espíritu polisintético en el que convergieran todos esos rayos luminosos y se unificaran los contrastes, reforzando la consonancia general; un pensador de raudo vuelo, capaz de abarcar la cultura del intelecto con vigoroso impulso, libre en absoluto de apasionamientos y parcialidades, ajeno al confesionalismo sectario y que tuviera ese don prodigioso de fascinar, sólo propio de los entendimientos privilegiados que, en vez de imponerse y sojuzgar, ejercen el poder mágico de ir llevando al ánimo de las gentes la convicción firme de la bondad de una causa grande. Desde luego, ha de suponerse por anticipado que tales dotes habían de ser atesoradas por un espíritu femenino alado análogo al de Elisa Rachel, la trágica eminente que, en los comienzos del siglo pasado, y dentro de su esfera, supo interpretar, sin apartarse del sentimiento general y en un sereno ambiente de vida y de arte, las creaciones más portentosas de poetas y dramaturgos. Y este espíritu clarividente, de complejidad y magnitud inigualables, surgió en Escandinavia: es el de la escritora y pedagoga sueca Hellen Key, cuyos libros han tenido, desde hace cuarenta años, una enorme difusión, adquiriendo carta de naturaleza en los países septentrionales, para extenderse más tarde por todas las naciones de Europa y América. Hellen Key compartió con J. Dewey, el renombrado educador yanqui, y el paído-

logo helvético E. Claparède, la más legítima celebridad en el orden de las ideas filosófica y didascálicas.

El nombre de esta insigne escritora, en España no es tan conocido como sería de desear. Se hace referencia a algunas de sus concepciones, sin haber discriminado su pensamiento audacísimo, pero algo ha trascendido entre nosotros la celebridad que alcanzara en Francia, Bélgica, Italia y en todo el mundo culto. Bastan algunos datos para que pueda comprenderse la devoción y el interés insuperables que despertaron las doctrinas de Hellen Key en el primer decenio de nuestro siglo. En menos de seis años vendiéronse en Alemania 26.000 ejemplares de su estupendo libro *El siglo de los niños*, y en un lapso de tiempo más breve todavía, 28.000 ejemplares de *Amor y matrimonio*, obra ésta superior a toda ponderación, por la valentía, a cuanto se ha escrito respecto a los espinosos y arduos problemas de las relaciones sexuales que tanta importancia alcanzan en nuestra época.

Ahora, en que todas las instituciones jurídicas y sociales experimentan una hondísima transformación, como consecuencia de la Gran Guerra, que devastó a los pueblos del viejo continente, y que significara la bancarrota de los ideales éticos que informaban la civilización decrépita de nuestro tiempo, tan paradójico como problemático, y, en ciertos respectos, caótico y absurdo, la ejecutoria de Hellen Key adquiere un máximo relieve. Diríase que, en esta época de enanismo, asombra que perviva la huella que marcara la genialísima mujer que estructuró la teoría iconoclasta de la libertad de amar, perfilando a la vez la silueta de la mujer de mañana.

Refiriéndose a España, en donde una profunda crisis de crecimiento ha ido sucesivamente transmutando los valores psicológicos y morales, educacionistas y jurídicos, los libros de Hellen Key antes citados, que fueron traducidos al castellano por la modesta iniciativa del que esto escribe, sería muy conveniente, en estos instantes, que se popularizaran y se vieran algunos otros de los que escribiera la autora en las dos últimas décadas antes de su fallecimiento.

Entre el gran público ilustrado español podrían ejercer una influencia estimulante y tónica, positivamente bienhechora, pues tanto por la originalidad de sus concepciones, como por la inusitada energía del pensamiento, y el vigor de la emotividad y la brillantez de la imaginación, así como el estilo atrayente y sugeridor, la gran pedagoga sueca conquista la simpatía del lector y se adueña de su corazón. Hellen Key seduce por su prosa pulcra, insinuante, y persuade por su argumentación irrefragable, de una diáfana maravillosa. Por otra parte, la excelente escritora es, sin

Hacia 1864, poco después de cumplir los quince años, fué Hellen Key presa de la más atroz y terrible desesperación. Al adquirir el convencimiento de que su espíritu analítico rechazaba la idea de la existencia de Dios. Para nuestra idiosincrasia de iberos, avezados a vivir hacia afuera, sin sentir ningún género de desasosiego interior, nos es un tanto difícil comprender esas tragedias del alma, y por eso extrañanos la crisis que experimentan los nórdicos al entrar en la adolescencia. En la moral de los pueblos escandinavos, la vida anímica, los procesos internos del ser, tienen tanta o más trascendencia que las turbaciones que con frecuencia ocasiona la vida de relación, porque el introspeccionarse y, en general, las mudanzas que el autoanálisis determina, prevalecen en la formación ulterior de la personalidad.

Hellen Key, sin embargo, no tardó en hacerse superior a las adversidades y pudo domoñar aquel peligro que, acaso, la hubiera llevado a una vida de monólogo eterno, en que la visión trágica del suicidio tal vez se le hubiese aparecido en el instante angustioso de trocarse el ensueño en delirio. Se apoderó entonces de su ánimo una necesidad imperativa de comunicar sus reflexiones a algunas de las personas que le rodeaban, con objeto de que alguien compartiera sus desazones, sus angustias y sus afanes.

Sintió poco después un renacer súbito en su espíritu: el ideal de acción y el propósito decidido, resuelto, vehementísimo, de coadyuvar con su esfuerzo generoso a la obra desinteresada, noble y eficiente de educar a su pueblo, por el que sentía una simpatía cordial y una efusión sincera, veraz.

El individualismo intransigente, como consecuencia fatal, indeclinable, de la vida un tanto heteróclita en que Hellen fué desarrollándose, persuadióla de que el desenvolvimiento completo, íntegro, de la personalidad es, indudablemente, la base más firme e incommovible de la educación, en su sentido más amplio. Abrigando esta creencia que emerja de lo más íntimo de su ego, que forjase de modo semiespontáneo, pudo librarse de los efectos perniciosos, por lo que tienen de deprimentes, del confinamiento en que fatalmente hubiera caído en su retiro rural, apartada de los rumores del mundo, de las controversias y de las luchas.

La generosidad ingénita de su carácter se fué acrecentando, y así surgió potente, en su espíritu descontentadizo, inquieto, sensible y animoso, el enérgico propósito de labrar con ardor, sin temor a la crítica despiadada y cruel, por la elevación y dignificación de los más humildes de sus compatriotas.

En uno de sus libros, la perspicua escritora se expresa en estos términos: «He nacido para vivir en el campo y

Nació Hellen Key el 11 de diciembre de 1849, en la finca de propiedad paterna enclavada en Sundsholm, provincia de Smalan. Su madre, Sofia Pose, pertenecía a una familia de abolengo aristocrático. Poniendo en práctica las convicciones más queridas, sus progenitores procuraron darle una educación en un todo conforme al ideario de Juan Jacobo Rousseau, llegando, según el testimonio de uno de los biógrafos de Hellen, a exagerar las máximas y preceptos contenidos en el catecismo del filósofo suizo. Con prodigiosa rapidez aprendió Hellen Key el francés y el alemán, y nunca recibió enseñanzas sujetas a un método predefinido, si se exceptúan las indispensables a su confirmación.

La infancia y la juventud de la que hubo de ser con el tiempo escritora eminente, transcurrieron casi en plena Naturaleza, en la agreste residencia de Sundsholm, donde pasaban largas temporadas sus padres, que no llegaron a contraer matrimonio por oponerse los abuelos maternos de la pequeña Hellen, so pretexto de las diferencias confesionales. Acaso este hecho hubo de influir en no escasa medida a la formación espiritual de la gran escritora, como veremos en otro apartado. Compartió aquel período de su vida, Hellen, con las tareas de ir formando su personalidad, todavía incipiente, con el ejercicio de los deportes y con preferencia la natación, el remo y la equitación, dedicándose, además, apasionadamente a su esparcimiento favorito, consistente en dar largos pasos a caballo, por la campiña dilatada y solitaria. En sus horas de solaz, comenzó a sentir una gran simpatía por el soliloquio y la meditación, y casi toda su instrucción primaria la adquirió en las conversaciones con sus padres y en la asidua lectura, a menudo llevada a cabo al azar, pero con suma avidez.

Familiarizóse con la literatura de su patria y de la alemana y francesa. Por otra parte, aprendió de su madre a hacer más gratas y más dignas las faenas domésticas y a enaltecer el culto al hogar.

Jamás se sometió Hellen Key a lo que pudiera llamarse el cumplimiento estricto de precepto didáctico alguno. Siempre sintió invencible repugnancia hacia los métodos rígidos y los principios inflexibles; las mismas reglas de la Gramática llegó a dominarlas sin haberlas estudiado. Antes de terminar el desenvolvimiento de su intelecto hubo de atravesar por un período aflictivo de hondas y conmovedoras crisis espirituales, a las que logró sobreponerse por la influencia saludable del ambiente hogareño en que vivía y que devolvió a su ánimo el primitivo vigor. Su carácter enérgico, anhelante, tenaz, fraguado para la acción sostenida y persistente, fué plasmándose hasta llegar a responder por completo a su temperamento.

duda alguna, uno de los tipos representativos más caracterizados de la literatura escandinava, casi ignorada en España.

En esta célebre pedagogía revélase, además, una modalidad peculiarísima, cual es la perfecta compatibilidad, tan paradójica como sorprendente, entre el candor y el arrojo, la ingenuidad y el atrevimiento, la delicadeza y la bravura, la finura de percepción y la frase tajante.

Realmente, la lectura reiterada de las principales obras de Hellen Key sume al espíritu en hondas meditaciones. Nos hace rumiar, hallamos placer incomparable en repensar las cosas, en hallar contrastes entre los principios que nos parecían antes más afines y coordinables. Es desusado hallar, aun en las mentes más fuertes y cultivadas, un conjunto de cualidades tan diversas y contradictorias. Hay instantes en que la obra de Hellen Key se nos figura una predestinación, esa energía virtual que ha hecho de esta eximia escritora una educacionista maternal, en la que resplandecen todas las bellas dotes de un espíritu sugente y amable que se interna en la selva oscura de los grandes problemas éticos y sociales que gravitan, como losa de plomo, sobre la débil y enfermiza conciencia contemporánea.

Las cuestiones más complejas e intrincadas, como las concernientes a la Religión y a la Pedagogía; las reivindicaciones del feminismo; los errores, en cierto modo irreparables, que tantas víctimas ocasionan con la institución del matrimonio indisoluble; las aflicciones y angustias de la maternidad desvalida, y, en general, cuanto se relaciona con el estudio del deber en sus conexiones con el destino de la humanidad entera, por el vital interés que revisten los fundamentos de la sociedad y los móviles que determinan la acción individual, fueron abordados de frente por la egregia escritora con gran amplitud de espíritu y respondiendo siempre a un criterio tan sano como libérrimo, desligado por completo de prejuicios tradicionales, de temores que no tienen otro motivo de existencia que el mero convencionalismo y un mal entendido respeto al lastre psicológico de épocas pretéritas, sepultadas ya venturosamente en el legamo infecto de los siglos.

En todas las naciones la labor intelectual y educadora de Hellen Key ha sido provechosa, fecunda, eficaz, pródiga en todo género de dichas. Pero en España lo habría de ser más, porque no obstante la implantación del nuevo régimen, democrático y republicano, laico y, en principio, nivelador, perdura aquí, sin embargo, la moral mojigata y estúpida del prejuicio católico que nos sumiera, durante más de tres siglos, en la decadencia extrema a que habíamos llegado hasta el 14 de abril de 1931, impidiéndonos plantear los problemas anímicos, sin soslayarlos cobardemente, sino

tal cual la Ciencia, la Historia interna y la Filosofía los estudian en todos los países cumbre.

## II

### Una nueva fe racional

Adviértese en Hellen Key una aspiración constante, un anhelo nunca colmado a dirigir los esfuerzos de la actividad hacia la consecución de una existencia humana más pura, merced a los impulsos generosos y nobilísimos que, al dignificar los móviles de la acción, apartan del error y libertan de la miopía intelectual que tanto restringe la intención del individuo, encadenado a las apetencias del sensorio y los caprichos, que le llevan a ser veleidoso y menegado. La eximia pensadora sueca iba a la conquista de la verdad, siguiendo los dictados del ideal supremo: la hermandad, que no puede realizarse en la presente organización social, porque el sedimento de los restos acumulados por el dogmatismo seco, sin doctrinas sustantivas, ha modificado los caracteres. Los hombres son de cartón piedra, carecen de sensibilidad y no comprenden el valor inmenso que ha de asignarse a la afluencia y la ternura.

No obstante las críticas implacables, no puede, sin embargo, calificarse de demoleadora la labor inmensa que realizara Hellen Key con tan hermosa intención en el propósito como elegancia en la expresión, siempre diáfana y atildada. Toda su obra, dilatadísima, se encamina a la constitución de un mundo moral mejor, sin que jamás sus juicios puedan considerarse como negaciones rotundas. Le repugnaba causar en el ánimo del lector el más leve traumatismo. Más bien podría calificarse su ejecutoria, sin hipóbole, de apostolado de una nueva fe, racional, por supuesto.

Como todos los espíritus superiores enamorados de lo ideal, Hellen Key logró sustraerse, por lo común, al medio circundante, y su mayor anhelo cifrábase en descubrir nuevas facetas a ese prisma de infinitas caras que se llama la realidad, según la frase acertada de nuestro urbano González Serrano, el ilustre y casi olvidado maestro. Pocos espectáculos habrá, para el intelecto, que ofrezcan más atractivos que el que nos deparan las doctrinas de los soñadores, de los iluminados y videntes como León Tolstói; de los demoleadores a ultranza como Max Stirner; de los individualistas hasta la exageración como Enrique Ibsen o Augusto Strinberg, y de los nihilistas como Federico Nietzsche, vistos al través del temperamento ponderado de esta extraordinaria mujer que dedicó por entero su existencia, con hidalguía pocas veces superada, a una obra de redención social, porque tuvo puesta el alma en una concepción filo-

sófica optimista y creyó, firmemente, en la hermosura de la vida, en la utilidad del arte, en la virtud de los hombres y en la immanencia de la justicia.

## III

### Vida ejemplarísima

La vida de Hellen Key fué por demás ejemplar. Constituye un poema de incomparable hermosura. Según sus biógrafos, era oriunda de Escocia; sus antepasados habíanse establecido en Suecia, después de la Guerra de los Treinta Años. En esta mujer seña, por misterios que la antropología sólo nos ha explicado en parte, parecen haberse fundido la vivacidad celta, característica de los escoceses, y la firmeza y la intrepidez propias de la raza escandinava, que tantas figuras preeminentes ha dado, en el último tercio del siglo pasado, al pensamiento y a las letras.

Como infinidad de datos, aportados por eminentes etnólogos, nos evidencian que no siempre los caracteres de la raza subsisten incólumes al pasar de unas generaciones a otras, no puede darse gran importancia a las cualidades étnicas, y mucho menos deducir de ellas la herencia psicológica. Acaso tanto o más importante que su origen escocés resulte, para comprender la modalidad intelectual que caracterizó a Hellen, la circunstancia de que su bisabuelo fuera devoto apasionado de las teorías de Rousseau, y que transmitiera a su hijo y a su nieto la admiración que sentía por el discutido filósofo ginebrino.

Una prueba de este aserto hallámosla en un hecho bien significativo: ambos recibieron el nombre de Emilio.

El padre de Hellen Key fué un espíritu despierto, noble, cultivado, circunspecto. Ejerció el periodismo y propugnó los ideales de proa, habiéndose distinguido en la defensa del librepensamiento y suspirado por la emancipación de la conciencia; fué un hombre puro, tan inteligente como honrado en sus convicciones, y dió pruebas inequívocas de poseer un carácter resuelto y capacitado para la lucha. Colaboró en el periódico *Altonblad*, órgano del radicalismo sueco. Por espacio de algunos años fué uno de los diputados que gozaron de mayor prestigio en el Parlamento de Suecia. Tuvo una gran popularidad, y en el seno del partido democrático combatió con entusiasmo y asiduidad por el triunfo de las ideas que con tan singular gallardía sustentara. Su hija Hellen cooperó a la agitación política que aquel llevaba a cabo, y además de servirle de secretaria, colaboró en el mismo periódico, escribiendo sustanciosos artículos doctrinales que el público atribuía al batallador periodista y parlamentario, que tanto se distinguió en sus campañas por el afianzamiento de los principios democráticos.

En realidad, deberían ser aliados; nada pueden los unos sin los otros.

Los neo-malthusianos son impotentes mientras choquen con la voluntad de una burguesía interesada en combatirlos; los socialistas son incapaces de hacer obra duradera si se niegan a tener en cuenta la gran ley de Malthus.

El socialismo debe ser más bien el precursor que el sucesor del malthusianismo. Cuando haya hecho caer las fronteras que delimitan las naciones, así como las que delimitan las diferentes capas sociales; cuando haya convertido el entero género humano en una gran federación fraternal de trabajadores asociados; entonces habrá inutilizado todos los ejércitos, tanto los así propiamente llamados, como el que Carlos Marx llamó el ejército de reserva del capital. Entonces estará en interés de todos que no haya brazos desocupados y que el trabajo sea cada día menos penoso y menos largo, dando una preponderancia mayor a la introducción de máquinas en la industria. Como nadie tendrá interés en «hacer bajar los salarios», el paro forzoso será visto de mal modo. De igual modo nadie tendrá interés en mantener millares de ciudadanos armados e improductivos so pretexto de defensa nacional.

El plan de educación, no ya nacional, sino mundial, concebido por Stuart Mill, podrá desde luego ponerse en práctica, y gracias a la mejora inmediata resultante de la refundición de la sociedad, se tendrá tiempo para que produzca sus frutos, es decir, hacer que dicha mejora sea duradera, eliminando causas que sin todo esto no dejarían de aniquilarla.

Seguendo este plan, ¿cómo se poblarán las tierras inhabitadas o insuficientemente habitadas? Son puntos de detalle que es imposible prever. Hallarán probablemente una fácil solución cuando suprimiendo las causas de la miseria y de conflictos —tanto la que reside en el principio de población como las demás— la República mundial haya hecho de la colonización una obra exclusivamente civilizadora en lugar de ser obra de explotación financiera como actualmente.

Como que en nuestro medio social el bienestar de unos se forma con la miseria de otros, siendo los ricos tanto más ricos cuanto más debajo de

ellos tienen, trabajando en la edificación de sus fortunas, un mayor número de trabajadores con salarios reducidos, no podemos esperar de los que gobiernan que hagan el menor esfuerzo en favor de una limitación racional de la población. Todos los ricos practican los medios preconceptionales, pero no los aconsejan a los pobres cuya ignorancia y el egoísmo que ésta engendra les hace cómplices en esta materia.

Como en la sociedad concebida por los socialistas el bienestar de cada uno será solidario del bienestar de todos y la instrucción será integral para todos, nada se opondrá a la difusión de ideas a la que se opone actualmente el interés de los gobernantes y el embrutecimiento de las masas. Entonces y sólo entonces la humanidad, consciente en todos sus



*«Venid acá, gente soez y maldecida, saltar de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos?»*

*¡Ah, gente infame... !*

Don Quijote.

miembros de la ley que rige la renovación de nuestra especie, estará en estado de reprimir sus funestos efectos.

Desgraciadamente ahora los neo-malthusianos, incluso los que, como Robin (de Cempuis) son socialistas y hasta anarquistas, hacen del neo-malthusianismo un objeto exclusivo de su actividad y se limitan, en lo que concierne a las reformas sociales, a afirmaciones platónicas.

De ahí resulta que las diversas escuelas socialistas vean un adversario en el neo-malthusianismo. Deberían, al contrario, ver en el un auxiliar, un medio de asegurar el triunfo de su causa, cuyo éxito sería imposible si el aumento perpetuo de la población se opusiera como un valladar. Las dos doctrinas deberían prestarse un apoyo mutuo, en lugar de perjudicarse la una a la otra.

La ley de Malthus es una ley real. Pero si es una ley científica que debe servir de punto de apoyo a los sociólogos, no ofrece por sí misma ningún medio práctico de solucionar los problemas sociales. Primero debe modificarse la sociedad, asegurar con la unidad del mundo el bienestar momentáneo de sus habitantes, y, como el género humano tiene ante sí tiempo de sobra, podrá enseñar después el principio de la limitación de las familias, hacer de este principio la base de la nueva moral, e impedir de este modo que el terreno conquistado se pierda debido al desconocimiento de una ley fundamental y a la negativa a obedecer las reglas que se derivan.

El día en que los discípulos de Malthus se limiten a la enseñanza científica de las verdades descubiertas por este gran pensador o hagan de esta enseñanza un punto de apoyo para el socialismo en lugar de oponerse a éste, desarmarán muchas hostilidades que les paralizan e impiden que su campaña produzca los felices efectos que, mejor comprendida, determinaría sobre la mentalidad pública.

A menudo las diferencias de los puntos de vista transforman en enemigos a hombres que lógicamente están destinados a ser aliados. Este es el caso entre socialistas y neo-malthusianos. Me parece que ha llegado el momento de poner fin a este equívoco.

Alfredo NAQUET

CONTRIBUCION  
A LA HISTORIA

## Aspectos de la justicia popular del 19 de julio



La Revolución del 19 de julio, en sus varios aspectos, difiere de las revoluciones políticas de los siglos XVIII y XIX y parte del XX. En las medidas tomadas para su defensa impera un sentido más humano que legista. Los obreros, empujados por las circunstancias, elaboran una nueva teoría justiciera basada en la psicología humana. El delincuente, para el nuevo orden, ya no es un criminal vulgar, sino un hombre víctima de su educación social arrastrado a la delincuencia por su atavismo. En la sanción del delito se tiene en cuenta el factor o ambiente que rodea al presunto delincuente. Esta condición es fundamental en la aplicación de las nuevas modalidades revolucionarias establecidas en defensa del pueblo. Estas normas, si bien, en esencia, confunden en un sentido justiciero, no son rígidas y varían según la situación social de cada lugar.

Para estudiar estas cuestiones, es preciso hacer remarcar que la *justicia popular* tenía que juzgar más casos de rebelión contra el pueblo que no sublevaciones contra el Estado.

★

Es interesantísimo escudriñar en el fondo lo que representan los casos juzgados por esos tribunales. Inspirados en este sentido damos algunos detalles significados de un relato de la Fiscalía de la provincia de Tarragona en 1936.

La propia composición del «Tribunal popular» hace resaltar una nueva orientación en su espiritualidad, en la base moral :

El Tribunal Popular de Tarragona se componía de un presidente nombrado por la Generalidad de Cataluña, dos fiscales y dos jurados, los cuatro designados por las Centrales C.N.T. y U.G.T. y los partidos políticos. Luego de ser aceptados los componentes del Jurado por la Generalidad, empezaba la actuación.

Este Tribunal mantuvo en sus funciones a dos antiguos funcionarios secretarios del Juzgado.

Todos los detenidos de la provincia de Tarragona pasaron bajo su jurisdicción. A los efectos de atenuar el tiempo de instrucción de la causa, se instruyeron sumarios individuales y colectivos. Los cursos de causa eran los siguientes: el fiscal, asistido de su secretario, tomaba declaraciones a los detenidos; las declaraciones pasaban al examen del Tribunal reunido en pleno, éste ordenaba los sumarios clasificándoles en graves, urgentes, etc. Al mismo tiempo, el Tribunal cursaba un oficio al «Comité Antifascista» del pueblo al que pertenecía el detenido y otro oficio a cada uno de las organizaciones y partidos antifascistas, pidiéndoles detalles de la actuación político-social del sumariado; el fiscal y el secretario se presentaban en el pueblo y convocaban a una reunión al «Comité Antifascista» a fin de ultimar algunos detalles del

sumario. También citaban a dos miembros de cada organización y partidos políticos para que establecieran una deposición testimonial firmada.

La vista de una causa no revestía más solemnidad que la que le daba la asistencia de numeroso público.

Abierto el «Tribunal Popular», el fiscal pronunciaba un enérgico requisitorio desmenuzando las causas, las condiciones en las cuales el detenido se había desenvuelto hasta el momento de ser apresado por la justicia popular. El acusado era asistido de un abogado defensor que había escogido libremente.

Tratándose de hechos serios y en consideración de lo que es expresión revolucionaria de la justicia en la Revolución del 19 de julio de 1936, exponemos brevemente lo que fué y representó «un obrero fiscal» ante el «Tribunal popular» en representación del nuevo orden.

Este «obrero fiscal» designado por su organización para que actuara de fiscal, celoso de las conquistas revolucionarias, pasaba las noches enteras estudiando la Revolución francesa de 1789, compulsando teóricos como Ricardo Mella, Sebastien Faure, etc. Todo eso por el afán de renovar el concepto de la justicia de acuerdo con los preceptos morales de la verdadera equidad social. Quería y lo realizaba, determinar el despotismo ancestral de los Códigos existentes y en uso hasta durante el período de la república, considerada forma representativa de la voluntad nacional, de hecho sin la soberanía del pueblo. Ponia toda su inteligencia, su fervor revolucionario, el de sus mandatarios, por ajustar el concepto nuevo de la justicia al término supremo de la evolución de las sociedades humanas, y concretamente en la salvaguardia de los intereses morales de la revolución en marcha. Sabía perfectamente que la revolución no termina hasta el día que desaparecerá la autoridad. Sin embargo, aceptaba el «triste papel» de acusador público en nombre del pueblo que hacía su revolución.

El fin primordial era reforzar el nuevo orden social con el humanismo.

Llegada la hora de celebrar el juicio intervenía exponiendo en su relato: La finalidad del movimiento fascista, el retroceso que sufriría la sociedad si éste triunfara, señalaba las causas del fracaso de los movimientos revolucionarios del pasado, por ejemplo los de la Revolución Francesa, de Robespierre y la necesidad de actuar con inteligencia y serenidad.

En sus conclusiones, todo y recabando una condena según la gravedad del caso juzgado y a tenor de las disposiciones en vigor, terminaba haciendo un llamamiento a la razón. Hacia resaltar los errores cometidos por la burguesía, la clase media, con ejemplos y detalles demostrando cómo habían sido victimarios del pueblo, a menudo contra su propia conciencia, sólo por el culto que rendían al poder uniforme del Estado. Después calificaba duramente a los que ordenaban bombardear las poblaciones civiles que tantas crueldades ocasionaban al pueblo.

Sus últimas palabras servían para definir lo que es y representa la dictadura ejercida en nombre de lo que sea y por quien sea, hecho que desnaturaliza todo sentido humano, que envilece hasta al mismo dictador o dictadores que la imponen en nombre de una razón de Estado.

Luego de hablar el fiscal, intervenía el defensor del presunto delincuente. Este libremente presentaba la defensa de su patrocinado. Seguidamente, el presidente del «Tribunal» procedía a los interrogatorios de los testigos de cargo y de descargo.

Todo se operaba a la luz del día.

A título de ejemplo vemos dos casos particulares.

El primero se refiere al caso de tres curas acusados de haber intervenido en la preparación del movimiento fascista. Uno de ellos había regresado de Chile o de la Argentina en vísperas del día señalado por la sublevación nacional. Se trataba de un superior de una orden de frailes.

El fiscal, apoyándose en los mismos textos de la Biblia, demostró que eran unos falsos religiosos. Porque de haber sido idealistas nunca se hubieran prestado a semejantes juegos. «¿Cómo es posible que tan batallones contra las otras religiones estén unidos hoy para destrozar a España, con otras religiones?»

Héte aquí unos extractos de su requisitorio:

«El caso que nos ocupa es un caso de maldad; no se puede alegar ignorancia, porque los elementos sentados en el banquillo son elementos de carrera, han estudiado en las universidades y los cargos elevados que desempeñaban los tenían por su capacidad...»

«Tampoco pueden alegar un fanatismo religioso e idealista, puesto que se confabularon con otros individuos para contrarrestar los deseos del pueblo español al extremo de unirse con practicantes de otras religiones de confesión mahometana y protestante que dicen ser sus enemigos seculares...»

«Con su intransigencia han provocado y sostenido grandes luchas llenas de crueldades; ellos han empujado los militares del ejército español, engañándoles y abusando de su poca inteligencia; el militar no es idealista, no estudia cuestiones políticas y sociales; el militar es vanidoso, pendenciero; es esa vanidad, ese pendencierismo, que los curas han utilizado para rebelarse contra el pueblo y sus instituciones.»

De esta manera, el «fiscal obrero», frente a jefes jerárquicos del catolicismo, hacia el proceso de la Iglesia católica: «Nos bautizaron y nos abandonaron. Tuvimos que educarnos por nuestras propias fuerzas porque nos negaron las escuelas y las universidades. Cuando pedíamos respeto en el trabajo y un salario para vivir decentemente, abrían las cárceles a los malhechores y nos metían a nosotros y muchas veces nos asesinaban los mejores de nuestros compañeros.»

«Pero la conciencia de los trabajadores se abrió paso y se agruparon en sindicatos de acción económica. Los individuos, tales como estos tres, en lugar de acercarse a los obreros ampliando «la doctrina cristiana» al objeto de que los medios económicos no faltaran al hombre para constituir un hogar y que todos pudieran efectuar dentro de la sociedad las funciones que por naturaleza el ser necesita cumplir, han sido nuestros peores enemigos. Es más, fueron los mejores aliados de los explotadores de la clase obrera y sólo rendían pleitesía a los que disfrutaban de la fortuna, a los que hacían ostentación de lujo, cosa condenada por la doctrina que dicen profesar.»

Y termino: «Mentira todo lo vuestro. Porque habéis aglomerado todas las riquezas, desde vuestra dominación, hasta desatiar la miseria, haciendo lucir a la virgen del Pilar alhajada de valor incalculable. Todo ello no es más que sudor del pueblo que habéis amontonado. Mientras las arcas de las iglesias rebosaban de oro, el pueblo moría de hambre.»

«No apreciamos ese metal, porque no es necesario para vivir y comer. La sociedad que se estructura será garantía de trabajo, de libertad. La solidaridad de unos hacia todos terminará con el pauperismo y la miseria que la iglesia católica en España cultivaba para medro de los grandes magnates. La Iglesia católica en España, la más rica del mundo, sometía los trabajadores a un nivel de vida el más bajo del mundo.»

Otro aspecto característico en la premisa social del nuevo orden es el caso siguiente:

En el pueblo de Riudecols se detuvo a un labrador de 70 años. Lo pusieron a disposición del «Tribunal Popular». Este anciano era acusado de «atraco a mano armada» cuyas víctimas eran dos vecinos de Riudecols.

El detenido se presentó en casa de dichos vecinos, armado de un cuchillo y les había exigido la entrega de 1.300 pesetas a cada uno.

Durante las diligencias el «delincuente» declaró que «estas pesetas le habían sido sustraídas por un «Sindicato agrícola» que los dos «labradores explotantes» y otros habían organizado en el pueblo. El viejo obrero camoesino pensó que había llegado el momento de tomar la justicia por su mano.

Los informes de las organizaciones obreras y partidos políticos de Riudecols acusaban al detenido convicto y confeso de elemento peligroso para el régimen nuevo.

Pero al personarse el fiscal en el referido pueblo para ampliar las diligencias judiciales, se estableció concretamente que los informes no reflejaban la verdad sobre la personalidad política del reo.

De hecho ese anciano no era un vulgar delincuente sino un trabajador honrado que había vivido su larga existencia en la miseria y condenado a hacer un rudo trabajo. Además no tenía vicio alguno; todo en él era sobriedad y voluntad de trabajo. Su solera era republicana y por esta condición las autoridades querían agravar el delito que había cometido bajo la embriaguez de la victoria del pueblo sobre la reacción.

Para mejor comprensión del caso debe tenerse en cuenta esto: En Riudecols, la casi totalidad de los vecinos eran fascistas. Dominada la insurrección en Cataluña y parte de España los mismos elementos que constituían la Alcaldía se precipitaron a afiliarse en las organizaciones obreras y partidos políticos. De esta forma siguieron siendo dueños del pueblo como lo eran antes del golpe fascista.

Los acusados del primer proceso fueron condenados a muerte. Pero después fueron indultados.

El anciano labrador fué puesto en libertad.

Sin comentarios extensos puede concluirse que la soberanía popular se manifestaba evolucionista dentro del extremado rigor que ejercía en la función justiciera de la Revolución. Las medidas rigurosas dependían de la situación general, de las circunstancias que la intervención del fascismo internacional imponía al pueblo español para destruir en él su mentalidad rebelde y anarquista.

Renée LAMBERET

# La escritura ideográfica

## y la lengua auxiliar universal

**E**STA nota vieja la encuentro y la vuelvo a encontrar entre mis papeles, como algo que yo olvidara, pero que quiere mostrarse y persuadirme de que tiene su razón de ser y que, finalmente, alguien querrá darle esa potencia vital que transforma una idea, una aspiración idealista en realidad cotidiana, accesible a todo el mundo. Puedo hasta indicar la fecha de esta nota, garabateada sobre un cartoncito: 11 de julio de 1921. Es el resumen de un artículo aparecido en «Adevarul literar si artistic» de Bucarest y firmado Ion Teodorescu, uno de los mejores publicistas rumanos, que era entonces bastante viejo, pero cuyo espíritu siempre despierto le hacía ver más lejos que a sus contemporáneos.

Se trata de la escritura ideográfica. Por aquel entonces escribí también sobre la necesidad de un idioma auxiliar internacional, como un instrumento de trabajo cultural en el plano mundial, y como un arma de combate en la contienda social, para la paz entre los pueblos y la humanización de los individuos. He optado por el Esperanto (1) que ha dado pruebas de vitalidad y eficacia.

Hoy, radicando en otro continente, en el cual mi lengua natal es apenas comprendida por algunos millares de inmigrantes más o menos americanizados, e impresa en algunos pequeños periódicos y revistas por un puñado de escritores rumanos en exilio — esa bella y rica lengua de base latina y matizada por palabras tomadas de las cuatro o cinco lenguas circunvecinas, durante siglos de vicisitudes históricas, sin contar los neologismos introducidos con la cultura occidental — estoy obligado, sea por falta de buenos traductores, sea por

las circunstancias imprevistas de mi actividad internacional, de bordear entre varios idiomas. Es decir, salvo el rumano, debo tratar de expresar mi pensamiento en francés, en español y leer también el alemán, el portugués, el italiano y hasta deletrear otros idiomas para adivinar, por lo menos de qué se trata. No es sólo mía esa condición especial de escritor exiliado, que no puede reanudar relaciones con su país de origen a causa de un régimen de opresión totalitaria que ha prohibido y aun hecho desaparecer sus libros escritos y publicados en rumano. Es más bien la situación de todo trabajador intelectual que no se ha limitado a su idioma y a su «especialidad» — y que, queriendo ser un servidor de la cultura, está siempre a la búsqueda de medios de expresión susceptibles de ser comprendidos por el mayor número de lectores (o de oyentes, si el escritor es también conferenciante).

He sentido aquí, en este rincón rioplatense, lo que significa el hecho de que en 18 países «latinoamericanos», el español es, por sobre los idiomas de las poblaciones autóctonas, la lengua unitaria y unificadora — una especie de Esperanto para una gran parte de este continente, lanzado como un puente de unión entre el occidente europeo y el sur, el centro y una parte de la América del Norte. Hasta la lengua portuguesa, que domina en el Brasil, es fácilmente comprendida en un ambiente en el que el «castellano» es el medio de inteligencia, de fecunda comprensión entre decenas de millones de indígenas y los descendientes de inmigrantes de casi todas las naciones del mundo, y también los recién llegados, a continuación de los trastornos de las dos guerras mundiales. El papel del castellano en

este continente demasiado dividido desde el punto de vista nacional, político, económico, etc., no ha hecho sino acentuar una verdad orgánica: la necesidad vital de un Esperanto universal. Los progresos de este parecen todavía lentos, contradictorios, a los «realistas» de corta vista y a los que no pueden confesar francamente sus intereses.

Por cierto, ningún esperantista o partidario de otra lengua auxiliar internacional no preconiza la eliminación de los idiomas nacionales que, como todos los organismos, nacen, evolucionan, desaparecen y a menudo reaparecen bajo nuevas formaciones según las circunstancias locales, las influencias determinadas por las realidades políticas, sociales, religiosas, culturales, en el transcurso de los siglos. La tendencia hacia la unidad no implica una negación absoluta de los particularismos regionales. En la unidad, variedad. A pesar de la variedad, hacia la unidad. Hasta se puede decir que la verdadera unidad reside en la armonía de las individualidades en todos los dominios de la vida humana. Y la lengua es la prime-

«Que nadie, ni con sus palabras ni con sus actos, pueda nunca inducirte a que profieras ni hagas cosa que no sea útil».

PITAGORAS

ra manifestación de esas individualidades, cualesquiera que ellas sean : personales o étnicas, geográficas o económicas, sociales o culturales. La tendencia hacia la unidad favorece el cambio incesante entre varios idiomas, su interpretación y hasta esa simplificación que reside en los elementos comunes del progreso de la «civilización» y de la «cultura», dos realidades que llegaron a ser planetarias y universalmente humanas.

Ya se ha insistido sobre ese hecho importante, a saber : que el número de lenguas, idiomas y dialectos decrece a medida que el progreso se manifiesta de una manera más unitaria en los países que estaban antes divididos en numerosos regionalismos antagonistas. Los grandes pueblos unificados o federados bajo la égida de ciertos principios sociales o políticos más liberales y más justos en comparación con los que dominaban los pequeños pueblos divididos en los siglos pasados, hablan hoy una sola lengua llamada «nacional» u «oficial». En nuestros días, cuando se discute con insistencia sobre la unidad continental : europeísmo, americanismo y hasta del Asia y Africa unidas, se siente de manera siempre más apremiante la necesidad de una lengua común, por encima de los idiomas nacionales, para facilitar la comprensión mutua. Y es evidente que una lengua auxiliar, compuesta con elementos de los diversos idiomas nacionales, una lengua sintética y neutra a la vez — y también viable — como el Esperanto (para no dar sino un ejemplo) es preferible al «imperialismo lingüístico» de una sola habla nacional : inglesa, francesa, alemana, rusa, española o cualquier otra, si se quiere sinceramente realizar la fusión mundial de los intereses y de los ideales generales y permanentes de la humanidad.

Pero, teniendo en cuenta la reali-

dad actual, la diferencia idiomática que se manifiesta demasiado a menudo de una manera tan excluyente a causa de la persistencia orgullosa o agresiva del nacionalismo — de lo que se llama «la soberanía nacional» — se podría utilizar, al mismo tiempo que una lengua auxiliar internacional, otro medio para facilitar los intercambios intelectuales y, en consecuencia, la comprensión y la buena voluntad entre los pueblos. Ese medio, que ha probado su eficacia desde los primeros balbuceos y tanteos piensan que es solamente una «cosa del pasado», caduca desde hace milenios, inaceptable en nuestros días. Otros creen que ese medio es más necesario que nunca. Me doy cuenta ahora por qué he conservado entre mis viejos papeles, la nota concerniente a esta cuestión. La expongo en algunas líneas, tal como la he resumido en ocasión de la lectura del artículo más arriba mencionado.

**PROBLEMA.** ... Sin aprender ninguna otra lengua extranjera encontrar el medio de leer fácilmente todo libro, cualquiera que sea su contenido : científico, moral, filosófico y hasta literario : cuentos, poemas, ensayos, etc. Es decir, leer directamente un libro, en «original», sin necesidad de hacerlo traducir.

**SOLUCION.** — El empleo de una escritura ideográfica, adaptada a las condiciones actuales de la cultura.

**EJEMPLO.** — a) La lengua china, que posee millares de signos. Por su sistema ideográfico, los chinos se han propuesto «cuando escribían (o representaban) alguna cosa, que todas las poblaciones que vivían en los marcos geográficos de la China — una veintena de pueblos diferentes, contando también a los japoneses, los siameses, los cochinchinos — toda la raza amarilla en fin, pueda leer, con la ayuda de dos, tres o cuatro mil signos que eran los mismos para todos, la escritura china». Es decir, leer la escritura china en su propia lengua, de la misma manera que nosotros, los blancos, leemos, cada uno de nosotros en nuestro propio lenguaje la tabla de multiplicar. Por la escritura ideográfica, la civilización china se ha extendido más fácilmente en los países de la raza amarilla, y sin que sus diversos pueblos fuesen obligados a aprender la lengua china.

El autor del artículo concluye que es más fácil aprender dos o cuatro mil signos (ayudados, si es necesario, de un diccionario) que lograr conocer

bien cuatro o cinco idiomas extranjeros. Un libro de ciencias cuyo contenido puede ser indicado por un millar de signos, vuélvese legible para los pueblos de la humanidad entera, sin que sea necesario hacerlo traducir en los idiomas nacionales respectivos.

¿Entonces, esta escritura ideográfica es una especie de Esperanto? Si se quiere, sí. Pero solamente escrita. No es «fonética», sino simbólica, con la ayuda de signos convencionales, que tienen por todas partes el mismo sentido, como las cifras árabes o romanas. Las matemáticas constituyen desde mucho un ejemplo de escritura universal).

Sería, por lo menos, un medio para hacerse comprender en la actual confusión de lenguas nacionales. Puede ser también el medio de vencer esa maldición que pesa sobre el destino de la humanidad, y que se llama «babelismo». La leyenda bíblica dice que Dios mismo, viendo que los pueblos estaban dispuestos a unirse, por construir una torre que debía elevarse hasta el cielo, creyó su poder supremo amenazado. Y el diablo y entremezcló las lenguas de los pueblos, que no pudieron comprenderse más, ni ayudarse mutuamente. La moral de esta leyenda estaría, por el contrario, en poner en evidencia la necesidad de una lengua unitaria, para llegar a la paz y a la cooperación entre todos los pueblos. Sus amos — los gobernantes, los tiranos, los privilegiados — lo saben bien; y, como el Dios celoso y absolutista de los antiguos, impiden por todos los medios la unión que, ellas solamente, hace la verdadera fuerza creadora, favorable al desarrollo humano, a la libertad de los individuos asociados y a los pueblos federados.

Escrita o hablada, ideográfica o sintética, la lengua auxiliar universal será, finalmente, la segunda lengua para cada hombre, junto a su idioma materno. No olvidemos que los medios técnicos, la prensa, el cine, la radio, la televisión, anuncian desde ahora, por sus progresos tan adelantados, la próxima victoria de la unidad, si sabemos servirnos de ellos. Vale decir, «si queremos» sabremos también servirnos de esos medios de liberación que, desgraciadamente, constituyen aún el monopolio de algunas minorías privilegiadas.

EUGEN RELGIS

(1) Textos reunidos en folletos : «Esperanto, idioma del porvenir». 1945.

«Todo es positivo y racional en los animales privados de razón; como no hablan, se entienden».

MARIANO JOSE DE LARRA

# Gérard de Lacaze-Duthiers,

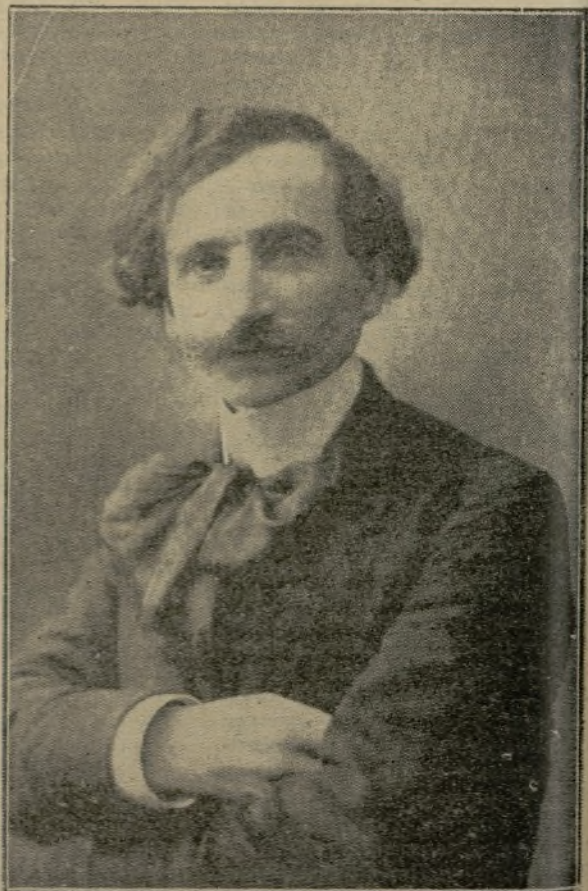
## poeta

**D**E Gérard de Lacaze-Duthiers podemos decir que no era solamente el polígrafo de talento que se ocupó de una multitud de materias, desde la filosofía pura a la prehistoria, de la moral a la historia propiamente dicha, no titubeando, cuando tuvo la ocasión, de ocuparse de medicina: ensayista, colaborando en numerosos periódicos, interesándose por gran cantidad de grupos de estudios sociales, asociaciones literarias, artísticas, pronunciando innumerables conferencias, Lacaze-Duthiers hallaba aún el tiempo necesario para añadir a esa actividad devorante, el de ocuparse de poesía. En 1954 hizo aparecer en las ediciones de los «Amigos de la Artístocracia» una compilación de poemas a la que tituló: «Versos... con rimas y razón», y que motiva el presente comentario. Desde luego, debemos decir que la poesía está presente, sub-yacente en toda su obra que él no concibió jamás sino como una «acción de arte»; es sabido que fué el fundador de ese movimiento bio-estético conocido bajo el nombre de «Artístocracia». (1)

En «RECUERDOS», una de las mejores páginas de esa antología, el poeta nos conduce al comienzo de su carrera: como sintió la primera voz del amor, sus años de Instituto, obligado, para ganar el pan de cada día como profesor, de someterse a la disciplina de «maestro sin alma». Hay jefes de servicio, quienes, «cobardes e hipócritas» pululan en un establecimiento de ese género, escribiendo informes que no os dan a conocer y a los que no se puede responder, todo ello con el deseo de favorecer amistades envidiosas que se chivan para obtener prebendas. Nuestro autor conoció y sufrió esas miserias que, aunque a la postre fueran vencidas, no dejaron por ello de marcar su huella difícil de borrar.

En su prefacio nuestro añorado amigo (2), que en 1890 a la edad de 14 años hacía aparecer un pequeño volumen de poemas bajo la égida de la Sociedad Parnasiana Francesa, no pretende, en esta compilación de que habló y destinada a los amigos, aportar innovación alguna en el dominio de la poesía. Para G. Delacaze-Duthiers, lo que cuenta es la belleza contra la fealdad, la verdad contra la mentira y contra la iniquidad social, la justicia contra la guerra, la paz, y la libertad contra la esclavitud. Nada de propaganda, ningún compromiso, simple-honradez. Es cuanto se necesita. ¿Por qué, con «rimas y razón»? Porque ese título constituye una protesta contra los excesos de los recién llegados, para quienes la oscuridad es profundidad y el menor esfuerzo código poético. En esos pretendidos innovadores, la forma no vale más ni mejor que el fondo, pero nuestro amigo se guarda muy bien de imitar la actitud del poeta en el «mundo en que vivimos»:

«Si tú quieres, poeta en el mundo en que vivimos, no ser igual que los demás hombres — sé tú mismo... —



haz que tu vida a tus escritos — se acorde —. Equilibra-da como ellos... — Poeta, sé el faro que nuestro camino nos alumbrará. — Calmando nuestra inquietud y disipando la duda. — Manteniendo nuestros espíritus y nuestros corazones — siempre puros sobre las alturas...»

Cuánta razón tenía nuestro inolvidable amigo: «Mantener nuestros espíritus y nuestros corazones, siempre puros sobre las alturas...» ¿No es ello lo que buscaba, lo que buscamos nosotros y que nos esforzamos todos en cumplir? Este llamamiento a nuestra conciencia vale, por sí solo los cuarenta años de amistad a que hice alusión más arriba.

E. ARMAND

(1) Léase «Artístocracia». No confundir con «Aristocracia», lo que reprochaba a menudo G. Delacaze-Duthiers.

(2) Se trata de una amistad de 40 años.

TRAD. FERRER

# La enseñanza racionalista<sup>(1)</sup>

## II

**M**I temperamento pecador según los curas y sarcástico a mi modo de ver, me induce a concretar algunas herejías a fin de soliviantar a los pacatos, caldear el ambiente de la discusión y arremeter contra los idolos que se albergan en todos los lugares comunes en que se derrochan las palabras y nunca se llega a acciones verdaderamente edificantes para el género humano.

La escuela racional empieza por no tener ni dioses ni banderas. Sin desmedro para ella, se la puede calificar de atea y apátrida. No reconoce ni religión ni patria, ya que sus principios son universales, y por eso es racional. Desecha los símbolos arcaicos y aun los modernos. No enseña la historia en que se reverencian los próceres, sus supuestas virtudes, tan glosadas y nunca imitadas en lo que puedan tener de aceptable. En fin, hace tabla rasa de todas las creencias que no pasen por el análisis y el discernimiento.

La escuela debe ser viva, con el menor número posible de libros, y con la mayor riqueza de experiencia al alcance de la edad de los educandos. En lugar de clases de religión y moral, mentiras monumentales que tapan las infamias del mundo autoritario, tendría que haber clases de información para los niños curiosos que hacen preguntas sobre cualquier asunto y dejar que libre y espontáneamente formulen sus deseos de conocer y que comprendan los maestros han de decirles las verdades conocidas y aceptadas universalmente.

En síntesis, las enseñanzas tienen que ser científicas en todos los aspectos de aplicación para el bien humano. Y en este sentido, los padres y los maestros serían verdaderamente cerrados al entendimiento si no aceptasen que a sus hijos se les enseñen todos los conocimientos primarios que les serán útiles para desarrollar en su adolescencia la orientación vocacional que puedan demostrar.

Suavizando ataques, digo que los adheridos a las doctrinas morales o religiosas, laicas o patrióticas, podrán enseñar fuera de las escuelas comunes lo que mejor les parezca. Nosotros los racionalistas, los antiautoritarios, sabemos demasiado que cuando se ha sembrado la verdad en los cerebros jóvenes y en crecimiento, las mentiras convencionales serán flores de un día, las flores del mal que ninguna inteligencia sana y bien orientada para la vida podrá aceptar como siempre vivas.

En relación con el barullo que la Iglesia ha hecho alrededor de la «Libertad» y la Universidad, es evidente

el oportunismo y la mala fe jesuítica que se muestran con caracteres agresivos para conseguir la mayor tajada en las subvenciones del Estado. Cuando la dictadura introdujo la enseñanza religiosa, católica, apostólica y romana, los campeones ridículos de la «libertad de enseñanza» ahora, no proclamaron ésta entonces. Cambiaron el pelo pero no las mañas. La consigna consiste en agitar la bandera de la intolerancia dogmática cubriéndola con los crespones de la cultura argentina, con los gritos y las manifestaciones callejeras para conseguir la mayor preponderancia en los sistemas de la grey dirigida por el episcopado, que obedece órdenes del Vaticano. Cuando el ambiente ha despertado a la expresión del pensamiento libre no se puede frenar el impulso con palabras reaccionarias y es preciso corear los anhelos de libertad, que están más en las voces que en los actos. Se olvida el Syllabus, publicado por el Papa Pío IX, documento que data de 1864, en el que se condena toda una doctrina de las sociedades modernas basada en la libertad y se muestra, en una forma indirecta y negativa, aunque muy clara, la política social de la Iglesia católica. Y de buena o mala fe, existe la agrupación de estudiantes que se llaman «humanistas» que corea la «libertad de enseñanza», y, por su doctrina del tomismo, revela su posición antihumanista y reaccionaria. Todavía hay muchos ilusos capaces de creer que el clericalismo fanático puede conciliarse con la tendencia liberal y progresista que mantienen, quizá como mal menor, los universitarios de la bandera reformista.

La enseñanza «libre», como la entienden los flamantes campeones, ya existe. Digase claramente que se quiere el dinero del Estado. Nadie legalmente puede impedir que se establezcan escuelas, institutos y universidades para sus programas particulares, pero que cada uno de esos establecimientos se mantenga con sus propios fondos y ratifique su reconocimiento en la expedición de títulos habilitantes a la inspección gubernamental. No hay nada más que discutir y todo lo que se diga son enmascaramientos de las verdaderas intenciones.

No se confunde el parangón del laicismo con el catolicismo. Está bien establecida la posición de cultura universal y científica de los enseñantes laicos en polo opuesto a la de los reaccionarios que, bajo el manto de la «libertad» esconden el puñal liberticida, inspirados por su doctrina y por sus fuerzas dominantes albergadas en la Iglesia.

(1) Ved CENIT nº 101.

Ambos tienen de común sólo el reconocimiento del Estado con diferente título, democrático o totalitario, y aquí sí que hay confusión. Hay una minoría que podría prescindir de este monstruo absorbente en mayor o menor tensión para organizar una vida social sin leyes ni violencias, sin banderías y sin imposiciones, con interés común a la especie humana.

Proponer y no imponer es el lema de los disconformes que, perseguidos siempre por las fuerzas regresivas, se hallan en constante defensiva contra la barbarie autoritaria que los acosa.

Para evitar equívocos es preciso exponer claramente cómo puede aliarse el concepto de Libertad con el de Universalidad.

Aunque sea breve hay que aludir a la delincuencia juvenil, porque tiene contingencia con la educación.

Una sociedad de anacronismos morales, en que imperan los delincuentes «legales», no puede sino engendrar los delitos juveniles, que juzgan y castigan los representantes jurídicos de la vindicta social.

Un ambiente de corrupción no puede ser propicio a la siembra y al crecimiento de valores humanos en el más acendrado sentido biológico.

El joven delincuente que salta impaciente por encima de todos los resortes legales, en vez de marchar pausadamente y llegar a la cumbre de la prostitución social, es un notable ejemplar del mercado permanente de los valores sociales averiados.

Los temperamentos rebeldes se hallan ante tentaciones invencibles. En las grandes urbes, de monstruosa existencia, es descarada la exhibición del lujo codeándose con la más abyecta miseria.

No hay que fiscalizar ni ahogar por la culpabilidad de la juventud delincuente, que es la consecuencia de una convivencia detestable, en la que el factor corruptor por excelencia es el dinero.

Una sociedad basada en la desigualdad económica, en la explotación del trabajo útil y en un parasitismo incontenible es un constante incentivo para la delincuencia juvenil que no reconoce más que la propia ansia de vivir gozando. El trabajo no rinde lo necesario y el temperamento del joven inadaptado prefiere elegir el riesgo de salirse del cerco legal y moralístico, para lograr satisfacer sus pasiones.

La educación, los deportes, los correccionales, los cuarteles y las iglesias persisten en su obra suicida. A pesar de los catecismos y de los sermones, la delincuencia juvenil crece.

La sociedad es fumadora, alcohólica, prostituta, mercachifle, ambiciosa y explotadora, es delincuente en sus raíces. ¿Cómo podrá evitar que sus gérmenes infectados produzcan frutos sanos?

La moral biológica tendría que acabar con las falsas morales espiritualistas que enturbian la pristina vida instintiva.

Mientras existan conjuntamente ricos y pobres, explotadores y explotados, miseria horrenda y lujoso despilfarrío, seguirá la delincuencia juvenil y la que abarca a todo el sistema social.

Los tópicos que prescribe la sociedad, enferma ella misma hasta el tuétano, son inocuos para que se curen las llagas profundas y el cáncer que corroe a todo el quehacer rutinario. Pero la sociedad es estupenda. El hombre es capaz de conquistar la luna y algún otro planeta antes de poder vivir en paz con todos sus semejantes en su propia tierra.

Primero es necesario sanear el ambiente y crear a la vez el medio adecuado para que la delincuencia no nazca ni prospere.

Si los pocos hombres que se preocupan de la regeneración no dicen la verdad inmediata, no se divisarán los métodos racionales que se podrían practicar para iniciar al menos esa regeneración, que hoy es un ínfimo ideal.

Hay que emancipar, sobre todo, a los pueblos, de la esclavitud y de la ignorancia y de las restricciones económicas que obstruyen todos los caminos del progreso efectivo.

Propender a un organismo social en el cual los productos del trabajo útil no sean acaparados por los explotadores, sino que vayan directamente a los consumidores. El panadero no hará el pan por mercantilismo, sino para la sana nutrición de los hombres. El sastre no coserá vestidos para los modelos de vitrina, sino para las necesidades del abrigo, sin que por ello se desprece la estética bien comprendida. El albañil no edificará castillos para los parásitos y barracas infectas para sí mismo



y para la clase proletaria. El niño, la madre, el enfermo y el anciano tendrán los cuidados necesarios y la comodidad propia del progreso técnico. En fin, la gente válida que rehuse el trabajo útil no tendrá derecho a explotar a los que trabajan para todos en cooperación armónica.

El ideal es el perfeccionamiento humano y éste sólo puede ser realizado si los cerebros de ambos sexos se hallan esclarecidos por la verdadera educación emancipadora, que forme seres sanos e inteligentes y bastante libres para no seguir cometiendo actos irrazonables que van en perjuicio de sí mismo y de toda la colectividad que los consiente. Para acercarse a estos propósitos no bastan simples y superficiales reformas. La nueva estructura debe sustituir a las conjeturas. Es necesario un clima social nuevo y no remendado chapuceraamente con los retazos autoritarios. Hacen falta inteligencias mejor preparadas para orientarse en el camino del humanismo constructivo. La educación racional es el único medio de eficaz renovación.

Glosando palabras del eminente pedagogo belga Isidoro Poiry, en su libro «La cruz humana» (1) se llega a esta noble conclusión :

«La sociedad actual, persiguiendo su transformación, se agita en el parto doloroso de un mundo nuevo. Las circunstancias actuales que presiden este nacimiento son trágicas : desocupación, miseria, huelgas, rebeliones, represiones, dictaduras que se llaman democracias, guerras parciales que preparan la guerra total, son los dolores que acompañan a este alumbramiento. La humanidad, en esta gestación, sube por la abrupta montaña en que proliferan la idolatría y la explotación de la mayoría gozante con el egoísmo y con la complicidad inconsciente de una minoría que forja sus propias cadenas. Algunos expertos y sabios ginecólogos, con certeras y profundas ideas, ayudan a este laborioso y violento alumbramiento que quizá durará mucho tiempo, mientras que los pue-

blos esperan, gritando sus propias miserias, aclamar al recién nacido. Las lágrimas de la multitud angustiada forman arroyos que engendran el río de los tiempos nuevos... Estas aguas fecundas llevarán a las llanuras desérticas del imperio de la ignorancia y del sufrimiento la asombrosa fecundidad de una vida plena en la inteligencia despierta hacia una convivencia razonable».

A estas palabras admonitoras y precursoras corresponde una incitación: «Los padres, los médicos y los maestros, que a los fecundos y progresistas fines de la educación racionalista dediquen sus estudios y prácticas, sentirán la satisfacción de haber llegado a la cima del más alto ideal de humanidad. A la vez que verán crecer a los niños con salud en sentimientos nobles y en despierta razón, comprobarán que contribuyen del modo más eficaz y positivo a la selección evolutiva de la humanidad, haciendo posible que en ella se manifiesten los gérmenes de un feliz porvenir social».

Pero la prudencia nos dice que, en espera de tan nobles realizaciones, se puede también pensar que «los males de la civilización quizá no tengan remedio y acaso la humanidad se halle en los estertores de su mortal agonía». Por lo pronto, la profilaxis más recomendable es no traer más desgraciados a la vida, cerrando la espita de la procreación inconsciente que viene a aumentar y no a disminuir los males sociales.

C. I.

(1) Este es el índice de tan importante estudio en francés.

1. Nociones preliminares de cuerpo y materia, energía, trabajo y fuerza viva. Sonido, calor y luz. Trabajo y calor. Electricidad. Agitación de las moléculas y energía radiante. El éter. Luz y ondas. Ondas cerebrales.

2. Formación del mundo y coordinación cósmica, atómica, sideral, geológica, orgánica, instintiva, estética, cultural, económica, social y universal.

3. Concepto biológico de la naturaleza humana. Importancia de la inteligencia. Naturaleza de los fenómenos vitales. Unidad de la naturaleza humana. Unidad del mundo. Consecuencias.

4. El niño y su desarrollo. Naturaleza biológica del niño. Psicología y Pedagogía infantiles. Influencia del ambiente.

5. Estudio experimental de la infancia. Importancia de la observación y del examen infantiles. Psicología experimental. Pruebas. Laboratorios.

6. Los niños anormales. Clases de niños anormales. Retardados e inestables. Educación especial de los anormales. Defensa social.

7. Importancia y fin de la educación racional. Naturaleza y fin de la educación escolar. Taras de la escuela actual. Reformas necesarias.

8. Medios de realizar la educación racional. Sus bases. Su importancia individual y social. Actividad manual. Ejemplos prácticos.

9. Escuela activa o nueva. Psicología genética del niño. Su naturaleza dinámica. Actividad espontánea. Juego. Promotores de la educación activa. Escuelas nuevas. Escuela del trabajo.

10. Método Decroly. Su idea madre. Centros de interés. Visita de su escuela. Muerte de Decroly.

11. Método Montessori. Naturaleza de su pedagogía. Analogías con el método Decroly. Guarderías de Mulo. Plan de Dalton.

12. La escuela única. Definición. Fin. Antecedentes. Importancia.

13. Plan de estudios de la escuela única. Materias de enseñanza. Razones científicas. Tipos de cultura. Clasicismo y modernismo. Consideraciones sociales.

14. Educación femenina. La mujer actual en general. Su formación. Moda. Danza. Situación social de la mujer. Remedios. Caracteres de la educación femenina. Pan-masculismo.

15. Cine, Radio y T. V. Importancia y medios de aplicación. El gran deseo.

16. La escuela al aire libre. Definición, importancia, razón de su instauración. Movimiento en su favor. Congresos internacionales. Nuevo humanismo.

17. La educación y la paz. Origen social de la guerra. Sus calamidades. Causas y remedios. Importancia de la educación pacífica. La paz, fuente de dicha.

## Vida de CENIT

Para comprender la importancia y el papel que juega CENIT no hay más que retener que el enemigo — el menos franco de todos los generales españoles — se ocupa de él con especialísima atención.

Desde las casas donde pululan sus embajadores — rojas de ira, odio y sangre las fauces —, lanza por doquier toda su maldad y emplea toda su influencia con objeto de que nuestra publicación vea un día su camino cortado.

Contra CENIT se cierne un peligro. El enemigo acecha y quisiera matarle.

Se dirá, y ¿qué enemigo puede tener CENIT? El de siempre, el que gritó: «¡Muera la inteligencia!», el que creyó matarla asesinando a García Lorca y a millón y medio de españoles no menos dignos y honrados.

¿Por qué ataca a CENIT? Porque CENIT es la dignidad que no calla. Y... desde luego, en cuanto a servir a la cultura y a la dignidad humana, que se sepa bien, CENIT no callará, cueste lo que cueste.

He aquí por otra parte, la octava lista de donativos:

F. Roca .....	7 790 fr.
Melich y Vicente .....	300 fr.
Puig Antonio .....	255 fr.
Arias L., de Artemare .....	200 fr.

Ayuntamiento de Madrid

# UNA LECCION PARA EL MUNDO

«...si una lección puede obtenerse de España, desde 1936 hasta hoy, es la desesperanza contra toda desesperación, la del valor contra un destino absurdo y aparentemente implacable...»

En historia, la perspectiva necesita tiempo, largos años a veces para que en ella adquieran relieve y significación de los hechos que merecen el calificativo de históricos. El año 1936 no está tan lejos todavía como para significar con él uno de los acontecimientos más importantes en la historia social de este siglo, pero ha de llegar el día en que su puro simbolismo sea nitidamente destacado, y aprendan a ver los hombres en él el acontecimiento de la libertad, que al ser vencido concitó sobre el mundo el fracaso de lo justo y de lo verdaderamente humano. En efecto, la segunda guerra mundial no fué una prolongación ampliada del conflicto comenzado en España, sino la irrupción en el escenario mundial de fuerzas vastamente destructoras, que hallaron el camino expedito después de la derrota de la revolución.

Los últimos años han sido de verdadera prueba para el mundo. Las heridas y laceraciones aportadas por la guerra han sido apenas restañadas. Pero el extraño sedimento del miedo pasado en la sangre de la humanidad ha impedido todos los renacimientos. Impide, todavía, la valoración objetiva de lo ocurrido en España y sus proyecciones futuras, y también la apreciación de la huella profunda dejada en el espíritu de aquellas personas que más cerca vivieron la trágica epopeya española. En un mundo acuciado por angustiosas expectativas, los balances espirituales son siempre postergados e irrealizables. Y a pesar de ello, aquí y allá, en medio de las ruinas y en las más áridas condiciones, aparecen los testimonios inmarcesibles de una memoria que vino a ser como una efímera primavera del mundo. En la lucha española de 1937 se dieron cita los corazones más nobles del universo, como movidos por el presentimiento de que allí se resolvía el gran dilema de la humanidad.

Las largas correrías del destierro nos han enseñado que el mundo está poblado de una nostalgia indestructible por la epopeya española; también por algo así como una sensación de culpabilidad, que a veces neutraliza en muchas personas la calidez de sus

sentimientos. Para muchos, volver los ojos hacia nuestra revolución es como rememorar la incomparable época de la juventud. En aquellos días ardieron en el entusiasmo más puro y creyeron firmemente en la realización del milagro de la utopía. Tal vez ese exceso de confianza fue, a la postre, la perdición de todos y el origen de esa sensación de culpabilidad de que hablamos. Pero es innegable que el recuerdo de España está ya para siempre ligado al sentimiento de la libertad y de la dignidad humana entendidas como valores activos y hacederos. Nada ni nadie ha podido ofrecer más tarde, en medio de tanta lucha y de tanta muerte, un ejemplo más limpio de conciencia social, de clara intuición de lo que estaba en juego y de puro desinterés humano como los españoles en 1936. Y en la injusticia que los gobiernos de muchas partes cometen actualmente con el pueblo español está patente su resentimiento y su mala conciencia.

Sin duda alguna, las condiciones internacionales que priman actualmente no favorecen una comprensión

segura de los problemas del hombre, demasiado sometido a presiones absurdas, cuyas resultantes visuales son el desconcierto y el temor. Es como si el mundo hubiera envejecido y nadie supiera de donde extraer nuevas energías, otras esperanzas, un porvenir mejor. Y, sin embargo, si una lección puede obtenerse de España, desde 1936 hasta hoy, es la de la esperanza contra toda desesperación, la del valor contra un destino absurdo y aparentemente implacable, la de la resistencia a ultranza contra la contabulación de elementos desintegrantes de los eternos valores de libertad y justicia. Miles de víctimas en la muerte y en el dolor y en la lucha, testimonian diariamente su voluntad inquebrantable de vencer al miedo, a la muerte y a la tiranía. Y mientras ellos sigan en pie —mientras España y los españoles no sean destruidos— su clamoroso testimonio será la única posibilidad de renovación para el mundo. Y, en resumen, ese espíritu de lucha y de enderezamiento permanentes simbolizan los valores de la revolución española por excelencia.

BENITO MILLA

## Expediente franquista

«No obstante, cuando las potencias totalitarias se lanzan a la lucha con franqueza y ardor, las democracias se abrigán detrás de la no-intervención y su simpatía para con la democracia española carece de eficacia».

«Mientras que el Comité de no-intervención tiene en Londres su trigésima y última reunión, los voluntarios alemanes (Legión Condor) y los legionarios italianos desfilan en las calles de Berlín y Nápoles».

«Como Mussolini es el Duce e Hitler el Führer, Franco es el Caudillo. A su paso se hace el saludo fascista».

Franco, haciéndose el dueño — el Caudillo —, instala su Gobierno en Madrid el 18 de octubre: se apoyará en Falange, cuyo presidente es su cuñado Serrano Suñer.

«Las dictaduras salen de la crisis más fuertes porque la guerra ha cimentado sus designios y les ha dado un aliado más. La josa que les separa de las democracias se ha ensanchado considerablemente».

El porvenir es sombrío, el tiempo de la organización internacional está lejos. Las dictaduras, después de esta prueba de fuerza, son victoriosas. Y al mismo tiempo, su aliado japonés, con los mismos métodos, obtiene los mismos resultados».

(Livre d'Histoire, clase de Philosophie-Mathématiques, par L. GENET, Profesor agregado de Filosofía y de Geografía en el Liceo Louis-le-Grand. Maestro de Conferencias en el Instituto de Estudios Políticos).



# ANALES

La Plaza Dupuy de Toulouse y el Palacio de Deportes que se eleva en ella son dos lugares que en adelante deberán contar en los anales de la historia de España. Desde luego, Toulouse no necesitaba el nuevo aporte de lo que ahora nos aportan estos puntos citados para que la Historia de España lo mencionara, pues raro ha sido el acontecimiento que, trascendiendo allende la frontera pirenaica no haya tenido la Villa Rosa como su primer apeadero. Pero aquello pertenece a un pasado lejano y lo acaecido en la Plaza Dupuy es reciente, ligado además a un futuro social indiscutible.

Desde hace más de treinta años, todo lo que salía de España, hombres o ideas, pasaba por Toulouse. Todo lo que entraba importado, también.

Respecto a España, Toulouse es como Barcelona vis a vis de Francia. Ambas capitales han sido bases de recepción y de proyección recíprocas de país a país.

Para la nación española — y esto ha de decirse para gloria de la capital gala que nos ocupa —, para los antifascistas españoles que debimos emigrar el año 1939 y sucesivos, perseguidos por el caínismo al servicio de la tristemente célebre Junta de Burgos, Toulouse ha sido el lugar hacia donde convergían ideas, actividades y hombres de la verdadera España, de la España de la Libertad.

El lugar, por su situación geográfica, por su clima y por el liberalismo reinante, reunía todas las condiciones. Mañana, cuando los eruditos e historiadores quieran echar mano a los textos, el número 4 de la rue Belfort, principalmente, aparecerá con frecuencia, asimismo el Museo de Historia Natural (1) — en donde se han tenido la mayor parte de los comicios anuales que celebraban los organismos del Movimiento libertario del exilio — y, sin ningún género de dudas, el Palacio de Deportes sito en la Plaza Dupuy.

En este último local, cada año, con ocasión del aniversario del 19 de julio, una gran concentración de españoles venía a confraternizar y a perpetuar la memoria de la gesta, una gesta que por ser el primer guantazo que se le diera al fascismo internacional, reviste un alcance también universal.

(1) Véase el número 93 de Cénit.

## LOS ORADORES

José PEIRATS, director del semanario « CNT » de Toulouse, erudito fino e investigador incansable, autor de la documentada obra « La C. N. T. en la Revolución Española », que, con su verbo cálido y palabra fácil, dicción clara y profunda, nos habría dado una gran lección de historia de España. Nos habría explicado lo mucho que interviene un acontecimiento en el encadenamiento de causas y efectos, en la relación de ideas y cosas, de hombres y gestas, aunque a primera vista aparezca insignificante, diminuto; aunque tenga lugar casi sin ruido, sin publicidad; aunque sea un acontecimiento apenas perceptible.

Nos hubiera paseado por los senderos no de la imaginación sino reales de la España caciquil, oscurantista y reaccionaria, y por los caminos de la España laboriosa, libre y digna, con sus luchas, sus sacrificios, su lealtad y su perseverancia. Habría hecho un discurso maestro, susceptible de ofrecer originalidad y fundamento para una tesis de historia y de sociología de alta escuela.



Todo un pueblo, toda España — del interior también venían muchas personas —, estaba representada en la Plaza Dupuy. La multitud concentrada simbolizaba una idea, una lucha, una civilización. Su manifestación, sublime por su desarrollo y por su alcance, trascendía allende los mares. En los cinco continentes y en cada país había hombres que esperaban noticias de la celebración para sumarse en espíritu a la misma. La jornada tenía, indiscutiblemente, trascendencia histórica. Desde el interior de España, a pesar de la bota que la oprime, millones de ojos — algunos entre disparo y disparo si éste no acababa con ellos — dirigían la mirada hacia Francia y en particular a Toulouse.

Este año — como cada año desde 1944 en que Francia recobró la libertad — para el 19 de julio se había anunciado el mitin, los oradores, el festival y los artistas que debían participar. Como siempre, desde hacía 14 años, la población española del Mediodía francés y los amigos franceses habían tomado sus determinaciones para no faltar a la cita. Era un honor acudir. Cuando la causa es justa, la perseverancia enaltece, honra, engrandece. Toulouse, pues, era el lugar de atracción de muchas personas deseosas de contribuir a tan digna conmemoración. Unos por tren, otros por sus propios medios, los más en autobuses, más de cinco mil personas acudían a la Plaza Dupuy a darse el abrazo fraterno y la promesa de continuar formando el haz de voluntades que, al fin, terminará con la tiranía. Toulouse, gracias a todo esto era pronunciado con cariño por todas las bocas españolas. Se le guardaba respeto cual a un hogar paterno, el hogar de una verdadera comunidad, una verdadera familia social, como la que constituyen los hombres concentrados dicho día en su Palacio de Deportes.

Este año acudieron más que nunca, como corresponde a todos los hechos justos y nobles, que crecen y no mueren, que cada día van tomando más audiencia entre los humanos. Y, cuál fué la decepción de todos cuando en las afueras de la capital se les informó que el mitin no tendría lugar porque así lo determinaba la ley.

Podían haberse pronunciado mil palabras de amonestación, mil quejas de mil corazones heridos. Sin embargo, ni una palabra altanera. Quien más quien menos sufrió su dolor en silencio, ese silencio que observa la persona ante una decisión que causa piedad, que causa lástima. Y eso es porque el pueblo español ya está acostumbrado a ser pagado así. Ya el año 1936 fué objeto de un desdén no merecido. Lo fué el 1914, cuando después de prometerle que España sería liberada, cuando después de dejar por los frentes de batalla y campos de tortura hitlerianos 100.000 de los suyos, vió que Madrid era olvidado. Lo que le han hecho este año le ha dolido como aquello.



## LOS ORADORES

**Roque Santamaría,** actual secretario general de la Confederación Nacional del Trabajo en el Exilio, que, por su parte, habría fijado la posición de los trabajadores españoles sobre cada uno de los múltiples problemas con los que España debe enfrentarse. Problemas inherentes a todo pueblo que, sojuzgado durante muchos años, no cede, y terminará abriéndose paso por los caminos de la libertad y del progreso.



Habría expresado con sencillez, pero con claridad y soltura, lo mucho que el pueblo español espera de los hombres del exilio y lo mucho que los miles, los centenares de miles, de exilados podrían hacer a favor del pueblo español, si se consiguiese mayor conjunción de esfuerzos, para salvar a España del caos y de la ruina general a donde la conduce la oligarquía militar que la gobierna.

Hubiera expuesto también cómo los trabajadores españoles entienden que debe organizarse la economía en España, y cómo el pueblo español sentará las bases sobre las cuales fundamentará sus relaciones con los demás pueblos, una vez que Iberia se haya liberado de la dictadura que la oprime y disfrute de las libertades, en defensa de las cuales los españoles han vertido su sangre durante la última guerra.

Sin embargo, ninguna palabra de odio, ningún rencor se dibujó en su frente. El pueblo español sabe lo que defiende y sabe que, más tarde o más pronto, saldrá triunfante. No puede perder. Es demasiado grande su causa para que en fin de cuentas no gane sobre el enemigo. Se ventila en ella toda una civilización, todo un futuro humano. Ninguna fuerza retrógrada podrá vencerle de una manera definitiva. No es la primera vez que solo combate y solo defiende la libertad de todo el mundo. En 1936, cuando el criminal Adolfo Hitler le de-

claró la guerra por personas interpuestas — los generales españoles — y el mundo no ayudó al pueblo español, éste se defendió. Sabía que aquello era preludio a la conflagración mundial y que en virtud de ello el mundo hubiera debido ayudarlo, no le ayudó el mundo pero el español resistió. Cara pagó la humanidad su in advertencia : CINCUENTA MILLONES DE MUERTOS y la degradación física y moral de la especie.

### ¿QUIENES SON LAS PERSONAS QUE ACUDEN A TOULOUSE CADA AÑO?

Fácil es de explicar. Son los hombres que ya se batieron el cobre durante 33 meses frente a un ejército de felones, son los supervivientes de Irún, los pocos que se salvaron de la destrucción de Guernica — primer Oradour-sur-Glane a cuenta del fascismo — y del asedio de Bilbao. Son los que no perecieron en Oviedo, los que la escuadra alemana y los aviones de Hitler no mataron a lo largo de la carretera de Málaga a Almería. Son los combatientes que se salvaron de las batallas del Ebro. Son los que hicieron correr a los batallones que estaban al mando del teniente coronel Troncoso, de triste recuerdo para Francia por sus actividades durante la primera guerra europea. Son los que con su esfuerzo hicieron retrasar de tres años la matanza mundial. Son los que defendieron la libertad, primero en tierras españolas y después en todas las tierras. Son los que han dejado sangre propia en todas partes : en Narvik, en Bélgica, en Francia, en Africa, en Asia. Son los que participaron con la División Leclerc en la batalla de los Alpes, los que contribuyeron a la liberación de París, los que ayudaron al desembarco aliado en Normandía. Son los escapados del incendio de Rimón (Ariège), de Saint Michel de Deze (Lozère). Son los que aseguraron los pasos clandestinos de montaña y exponían la vida para salvar a los perseguidos del hitlerismo que trabajaban por las libertades del género humano. Son los amigos de Ponzán muerto en manos de la Gestapo por salvar algunas vidas de personas que hoy detentan puestos de importancia en la política de las naciones.

Son los que, vueltos a la normalidad — con todo lo anormal que es la supervivencia del fascismo en España —, han continuado asegurando su puesto en el trabajo y cumpliendo fielmente su papel de productores. Son los que saben que de los 50 millones de muertos que ha causado el fascismo, el primer millón era totalmente de españoles.

Este es el «curriculum vitae», y no decimos todo, que pueden presentar las personas que acuden a Toulouse cuando de celebrar el 19 de julio se trata.

Siendo así, bien pueden permitirse pensar que, correctos, como siempre lo han sido, al año que viene se les permitirá no uno sino tres mítines, si es preciso, para que su satisfacción sea colmada.

No se merecen menos.

M. CELMA

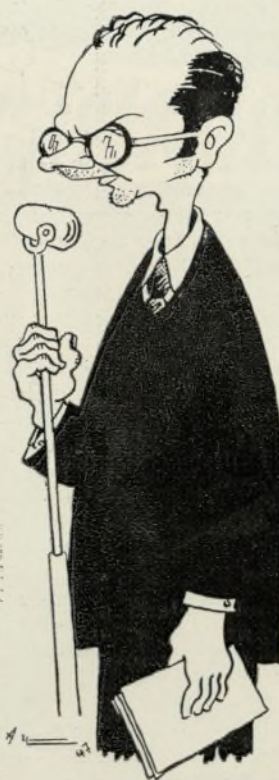
## LOS ORADORES

Germinal Esgleas, secretario gral. de la Asociación Internacional de los Trabajadores, uno de los militantes más calificados del anarcosindicalismo español, conocedor como es de la situación internacional, nadie mejor que él para haber hecho una exposición analítica de la hora social que vivimos; para explicarnos detalladamente los intereses que intervienen y priman en las relaciones diplomáticas de las naciones; para informarnos de la situación del Movimiento obrero internacional; para resaltar el eco que un día tendrá la resistencia española al fascismo mundial.

Sin duda, el secretario de la A. I. T. habría indicado el papel que ineludiblemente deberán jugar los organismos internacionales obreros, los únicos capaces de impedir una nueva guerra, a la cual se encaminan los gobiernos y de la cual, si no se evita, no escapará ningún pueblo y pondrá en peligro incluso la existencia misma de la humanidad.

Sus palabras, dirigidas directamente al corazón y al cerebro de todos los trabajadores del mundo, de todos los hombres honrados, no habrían olvidado al sacrificado pueblo español, al que hubiera saludado en nombre de las minorías selectas de los trabajadores de cada país que forman parte de la Primera Internacional, de la Asociación Internacional de los Trabajadores, organización sindicalista y revolucionaria.

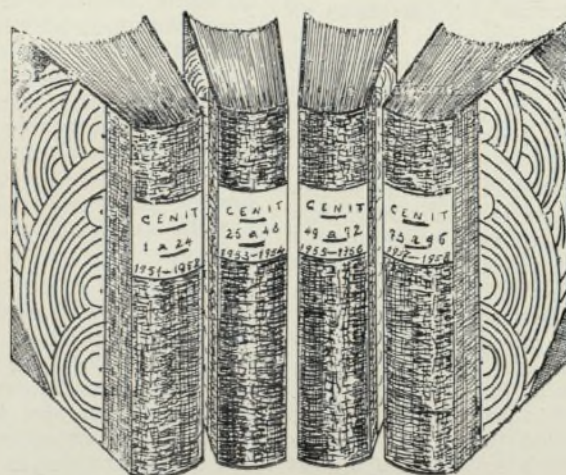
Habría sin duda esbozado las líneas generales que las Internacionales Obreras deberían seguir para acudir en ayuda del pueblo español y de todos los pueblos oprimidos del mundo, seguros de que, el día que los trabajadores de todos los países quieran, no habrá dictadura posible, ni autoridad que, impunemente, cometa arbitrariedades en perjuicio de la libertad del hombre y de la fraternidad de todos los pueblos sin dueños ni esclavos.



# POR FIN

## la colección de los ocho primeros años de «CENIT» ¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el período de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registro, color verde oliva, grabados en oro.

Precio de un tomo .....	3 000	francos
— dos tomos .....	5 500	—
— tres tomos .....	8 000	—
Los cuatro tomos .....	10 000	—

Descuento de 15 %. Franco de porte.  
Pedidos a nuestro Servicio de Librería.